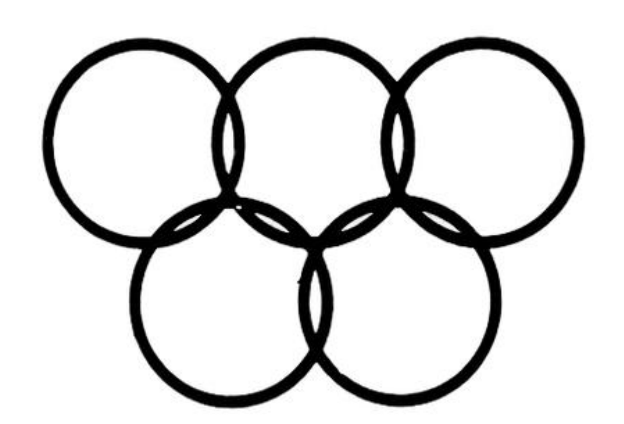


TE HARE BESAR LA LONA

Alex Simmons



COLECCION
DOBLE JUEGO



ISBN: 84-02-09277-2
Depósito legal: B. 5.016-1983

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: abril, 1983
2.ª edición en América: octubre, 1983

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Parets del Vallès (NT 52. Km 21.6501 Barcelona - 1983

CAPÍTULO PRIMERO

Hábilmente, Pamela aparcó su Cadillac delante del aeropuerto desde donde se veía más atrás la ciudad de Nueva York envuelta todavía en la neblina matinal.

—Faltan unos minutos —dijo la muchacha mirando con simpatía a su acompañante.

Tony Soretti sonrió. Era ancho de espaldas sin necesidad de ayuda por parte del sastre, era un hombre que hacía que las mujeres y los hombres se volviesen; las primeras para admirar su anatomía y los segundos por su categoría de campeón de boxeo de todos los pesos.

—¿Estás nervioso? —dijo pasando su enorme mano sobre el brazo de la muchacha.

—Un poco, Tony. Aunque, realmente, deberías de ser tú el nervioso.

—¿Yo? —rio él—. ¿Por qué, querida? Lucky el Africano no es mi primer enemigo, sino uno más...

—... que viene —concluyó ella— a intentar quitarte el título.

—No es el primero y, seguramente, tampoco será el último.

Pamela suspiró al tiempo que miraba el reloj.

Tony pareció quedar momentáneamente embelesado observándola.

—Eres muy bonita, Pamela.

Se volvió ella, sonriendo divertida.

—No es la primera vez que me lo dices, Tony.

—Nunca me cansaré de decírtelo; te lo aseguro —hizo una pausa—: Muchas veces me pregunto qué diría el patrón si supiese que salimos juntos...

—¿Tío Charles? ¿Qué quieres que diga?

El frunció el entrecejo.

—¿Crees que se alegraría?

Una nube pareció oscurecer la expresión contenta del rostro de la joven que dijo:

—Alegrarse no; de eso estoy segura. Ya sabes que tío Charles no quiere que me interese por ningún boxeador... y creo que menos por ti que por ninguno. Siempre ha dicho que un púgil pertenece al cuadrilátero, que debe consagrarse a su profesión, que no puede permitirse el lujo de ser como los demás hombres.

—Esa lección la sé de memoria... ¿Cuántas veces me la ha repetido? Miles. Verdad es que sin su ayuda yo no hubiese logrado nunca llegar al lugar que ocupo; pero, de todas maneras, ¿es eso suficiente para arrancar del cuerpo de un boxeador su corazón?

—Él dice que los boxeadores no tienen de eso...

—¡Qué estupidez! Yo amo mi profesión. Él lo sabe. No puede decirme que no me he sacrificado. He vivido estos últimos años encerrado como un preso, entrenándome. Más encerrado que un cartujo...

—¡No me lo recuerdes! ¡Nunca podré olvidar esa interminable espera! Teníamos que conformarnos con las cartas, a pesar de el inmenso deseo de vernos.

—Pero ahora es diferente. Ya le he hablado claramente: después de revalorizar mi título mundial ante Lucky, deseo descansar, apartarme un poco de los cuadriláteros. He ganado suficiente dinero para vivir un poco tranquilo, para formar un hogar —su mano se cerró con más fuerza sobre el brazo de la muchacha—, rara que formemos nuestro hogar.

—¿Y qué dijo él a eso?

—Que le parecía muy bien.

Ella sonrió con tristeza.

—Le conozco mejor que tú. Cuando desea obtener algo, cede hasta lo indecible, promete cuanto le piden; pero, después de lograr lo que se propone, vuelve a ser el mismo: exigente, duro, batallador... Por algo es tan poderoso.

—No vayas a creer que no lo admito: es un hombre estupendo y ha sido como un padre para mí. El mismo Max me lo ha dicho un millón de veces: «Tony, eres un chico de suerte. Jamás hubieses encontrado un protector tan desinteresado como míster Funk...»

—Puede permitirse el lujo de serlo. Es demasiado rico para ser ambicioso hasta ese punto.

De pronto ella, algo sobresaltada, miró su reloj.

—¡Creo, querido, que es la hora de la llegada!

Una serie de coches llegaron en aquellos momentos, deteniéndose no lejos del Cadillac de Pamela.

—¡Los de la prensa! —exclamó esta—. No sería conveniente que nos viesen juntos, ¿verdad?

—Estoy más que harto de esconderme como un criminal, querida. Que el patrón lo sepa hoy o dentro de un par de semanas, es igual... ¡Mejor ahora, cuando me dispongo a darle una alegría con mi triunfo!

—Estás muy seguro —dijo la joven que se había vuelto; luego, con un deje de impotencia, continuó—: Ya nos han visto y vienen en bandada.

Una docena de ruidosos muchachos rodearon rápidamente el coche, haciendo funcionar incansablemente sus «flahses» Uno de ellos, dotado de cámara de televisión, enfocó al púgil.

—¡Hola, muchachos! —saludó este con una simpática sonrisa en los labios.

Y la lluvia de inevitables preguntas empezó.

—¿Vienes a ver a Lucky, Tony?

—Sí, quiero echarle una rápida ojeada.
—¿Le has visto antes?
—En el cine y la televisión.
—¿Qué te parece?
—Un tipo formidable.
—Ya sabrás que nació y se ha criado en África del Sur. Es descendiente de uno de los primeros colonizadores de aquella tierra.
—Sí, ya lo sabía.
—¿Qué tal te encuentras?
—Completamente en forma.
—Esta señorita es, si no me equivoco, la sobrina de tu mecenas, ¿no es verdad?
—Sí, pero habéis venido a preguntarme a mí. No lo olvidéis.
—¡No te enfades, hombre! Es simplemente curiosidad periodística. No te preocupes; seremos discretos... —y volviéndose a los otros—: Cualquiera no lo es con un tipo como Soretti, ¿eh, muchachos?
Todos rieron.
—¿Cuántos asaltos crees que durará Lucky?
—Eso te lo diré cuando terminemos el combate.
Nuevas risas.
—¿Sabes que dicen que es capaz de partir una piedra de un puñetazo porque ha pasado la vida en las minas?
—Eso he oído; pero, si es verdad... ¡le compadezco!
—¿Por qué?
—Porque tendrá las manos deshechas... ¿O es que no sabéis que nuestras manos son la parte más delicada del cuerpo?
—¡Eres estupendo, Tony!
Otro que no había dejado de mirar a Pamela, preguntó:
—¿Proyectos para después del combate?
Soretti arrugó la frente.
—No sé... aún.
—¿No será algún secreto sentimental? —atacó otro.
—No. De todas formas, ya hablaremos cuando haya terminado el combate. Ahora dejadnos, muchachos... El avión habrá aterrizado ya.
Después de dar las gracias, los periodistas se alejaron, tan ruidosamente como habían llegado.
—Nos quedaremos aquí —dijo Tony—. Estamos en un sitio estupendo y podremos verle perfectamente.
Ella no contestó, profundamente preocupada.
—¿Te ocurre algo, querida?
—No... Estaba pensando... en que como decíamos en la escuela, acabamos de pasar el Rubicón.

—¿Qué quiere decir eso?

—El Rubicón era un río que ningún general romano, al volver de la guerra, podía pasar armado. Cuando lo hacía, y esto ocurrió muy pocas veces, su acto demostraba rebeldía hacia el imperio. Nosotros, al declarar públicamente nuestras relaciones, hemos pasado también el Rubicón.

Tony la miró con admiración:

—¡Cuántas cosas sabes, Pamela! Pero, respecto a ese Rubicón nuestro no te preocupes... ¡No solo me rebelaría yo contra un imperio por defender nuestro provenir, sino contra el mundo entero!

Ella sonrió al tiempo que ponía la radio del coche. Durante unos segundos se oyeron diversas emisoras. Pero Pamela detuvo su búsqueda en la que les interesaba oír:

—Lucky el Africano rebosa energía por todos los poros de su poderoso cuerpo. ¡La expectación es inmensa, señoras y señores! Pero vayamos a qué nos responda algunas preguntas.

—Bienvenido, Lucky... ¿Has hecho un buen viaje?

—Espléndido.

—Es emocionante para ti este momento, ¿verdad?

—Mucho.

—¿Qué te parece Tony, tu adversario?

—He oído decir muchas cosas de él y le he visto en el cine. Parece un púgil estupendo.

—¿Piensas ganar?

—Para eso he venido.

Pamela tendió la mano hacia los botones al tiempo que decía:

—Mira. Está saliendo. Tiene que pasar por aquí, muy cerca de nosotros.

En efecto, rodeado de una multitud de gente entre periodistas, policías y amigos se dirigía hacia el coche que le estaba esperando.

Tony miró detenidamente al Africano, calibrando de inmediato la potencia del mismo, percatándose de la decisión que mostraba su mentón y la furia que brillaba en sus ojos pardos.

Era evidente que era un enemigo de cuidado.

—¿Qué te ha parecido?

El púgil se volvió, acariciando la mejilla de la joven.

—Es bueno, muy bueno, pequeña.

—No me gusta tu profesión, Tony. Cada vez que combates temo por tu vida.

—No hay que exagerar, amor mío. El boxeo es como cualquier otra cosa y la suerte juega un gran papel. Como en todas las actividades humanas.

—¡Es demasiado brutal!

—Puede ser. Pero bien llevado, es noble hasta donde muchos no

pueden imaginar.

—¿Tendrás cuidado, Tony? Viene dispuesto a destrozarte.

Tony lanzó una alegre carcajada.

—¿No tienes confianza en mí? No te preocupes y dame un beso.

Ella se abrazó a él al tiempo que le besaba.

CAPÍTULO II

Entre sus manos velludas, estrujaba los periódicos tirándolos luego al suelo.

—¡Imbécil!

Black escuchaba los monosílabos que su jefe lanzaba a intervalos regulares.

—¡Idiota!

Black conocía perfectamente los motivos de aquel estallido en su jefe, que devoraba siempre la prensa buscando los comentarios sobre su protegido y viendo cómo la campaña propagandística se desarrollaba. Por algo era el dueño de la mayor sala de boxeo de Nueva York.

Pero ahora...

Aquella maldita fotografía repetida en la primera plana de toda la prensa de la mañana, era la culpable del estado de ánimo de Charles Funk que, por una vez, había sabido las cosas demasiado tarde.

Siempre había sabido las cosas con antelación gracias a su red de informadores.

Echó una rabiosa ojeada al último periódico, estrujándolo con mayor fuerza que a los otros.

—¡Black!

—Diga, señor Funk.

—¿Dónde han podido encontrarse estos dos? —dijo al tiempo que se le desencadenaba en la cara un visible tic nervioso.

—Debió ser cuando usted estuvo enfermo hace cuatro años, señor Funk. El venía cada día a verle y la señorita Walker estaba siempre en casa.

—Comprendo, comprendo. ¿Y no hubo nadie que me informara de que ese mal nacido estaba pisando terreno prohibido?

—Nadie sabe que ese terreno está vedado, señor... excepto usted y yo.

Y Blak esbozó una sonrisa efímera, más significativa, que murió rápidamente en sus delgados e incoloros labios.

—¡Y yo en Babia! ¡Es insólito! Menos mal que después de todo, espero que nada se haya perdido... ¿Hasta qué punto imaginas que han llegado en sus relaciones, Blak?

—Lo ignoro. Pero conozco un poco a Tony: es uno de esos románticos que aún sueñan con casas raras.

—¿Estás seguro?

Black Person miró intensamente a su jefe. Sabía que a pesar de haber sido un hombre muy mujeriego por su enorme vitalidad y tío de la muchacha, se había enamorado de ella hasta encontrarse ante su sobrina como un adolescente ante su primer amor.

Durante aquellos cinco años no había hecho más que incubar la pasión que ahora le dominaba. Sin decir una sola palabra ni hacer la más mínima manifestación sobre lo que sentía.

«Estás seguro», acababa de preguntar a su lugarteniente. Blak había sabido percatarse de la tremenda angustia que había en aquellas palabras.

—Estoy completamente seguro.

Funk suspiró, hinchando su potente tórax.

—Es bueno llegar a tiempo —dijo con un asomo de sonrisa—. ¡Porque vamos a cortar esto ahora mismo! ¿Me entiendes?

—Sí.

—Ya sabes que he cometido muy pocos errores en mi vida, pero este ha sido muy grande y he estado, por su culpa, a punto de perder algo que me importa más que todo lo demás. Mi error ha sido confiar en ese estúpido. Y si no tuviese todo montado, si no significase una pérdida para mí de muchos miles de dólares... ¡lo mataría ahora mismo!

—Se puede hacer lo que sea después del combate anunciado.

—Eso es lo que pienso, Blak, pero ya sabes que me gusta hacer bien las cosas. Hay que buscar la manera de hundir a ese imbécil. No hay que olvidar que al revalorizar su título se convertirá en una especie de héroe nacional. Tenemos que encontrar la manera de destrozarle ante todos, de desprestigiarle para siempre. Necesito, sobre todo, que ella le odie.

El cerebro de Blak funcionaba a pleno rendimiento.

—Deme un par de días, patrón.

—Los tienes, pero ni uno más. Quiero saber cuánto antes lo que espera a ese cerdo. ¡Así me paga todo lo que he hecho por él!

—No escapará.

—Bien. Ya sabes que tienes carta blanca.

—De acuerdo, jefe.

* * *

Una ligera llovizna caía sobre la ciudad.

Con el cuello de su gabardina subido hasta por encima de las orejas, Orson Stout se estremeció de nuevo.

Pero sabía que aquel estremecimiento no era debido a la temperatura, sino a algo que se desarrollaba en el interior de su cuerpo.

Las calles se iban estrechando paulatinamente haciéndose más lóbregos y desiguales.

La mirada mortecina de Stout se animó de pronto al ver la lámpara que el aire movía al final de la calle.

Bajó la mirada, avanzando trabajosamente los últimos metros. Al mismo tiempo, la mano que llevaba en su bolsillo derecho, estrujaba afanosamente los billetes.

Cuando abrieron la puerta, un vaho maloliente, mezclado con humo, le envolvió.

Orson atravesó el local, acercándose al mostrador tras el que una mujer, pintarrajeada y vestida con un escandaloso traje verde, sonreía con aire a canallesco.

—¡Hola!

—¡Hola, amigo! ¿Un vaso?

—Sí.

Ella sirvió prestamente, demostrando una agilidad de movimientos verdaderamente sorprendente.

—¿No me invitas?

—Bebe lo que quieras.

Orson sorbió un poco del contenido de su vaso, sintiendo que le ardían las entrañas.

—¿Está Person?

—No tardará en venir.

—Entonces voy a sentarme.

—Haz lo que quieras.

Orson, que se había llevado el vaso a la mesa, jugueteaba nerviosamente con él.

Hasta que vio al hombre.

Su corazón se puso a latir desacompasadamente, pero siguió con ansiosa mirada el camino del recién llegado, que se dirigió al mostrador.

La rubia le señaló la mesa que ocupaba Stout.

Cogiendo el vaso que acababan de servirle, Person se dirigió a la mesa ocupada por el otro.

—Buenas noches —saludó Stout.

—Hola.

Hubo un silencio que se prolongó unos instantes.

—¿Lo trae usted?

—Sí.

La mirada de Blak se clavó en el macilento rostro del joven, era uno de sus mejores clientes.

No obstante, a Person le había extrañado siempre que el otro le necesitara, ya que trabajaba en una de las más elegantes clínicas de la ciudad, siendo el hombre de confianza del profesor Steward, una autoridad mundial en cirugía estética.

Pero Orson conocía su problema.

Al principio, el joven había ido robando pequeñas dosis de narcóticos; pero al hacerse mayores sus necesidades, no había tenido más remedio que acudir a los revendedores.

Así conoció a Blak Person.

Los ojos del vendedor de drogas brillaron intensamente.

—¿Cuánto quieres?

—Seis cajas.

—Bien. Tiene usted suerte. El precio es el mismo de la semana pasada.

Orson se encogió de hombros con indiferencia, y la mercancía y el dinero cambiaron de mano.

—¿Cómo va ese trabajo, Stout?

—Perfectamente, señor Person.

La voz del joven, cuya mano apretaba con fuerza las cajas de droga que llevaba en el bolsillo, era ahora más cálida y agradable.

—¿De veras? —inquirió curiosamente Person.

—Sí. Justamente, en estos momentos estamos trabajando en algo verdaderamente sorprendente.

—¿Sí?

—Sí. Mi jefe ha logrado unos injertos con los que puede conseguir que las personas que se han quemado los dedos recuperen sus huellas dactilares.

—Una luz —una especie de premonición— se encendió en el cerebro de Blak.

—¿Huellas dactilares recuperadas?

—Eso es; pero, naturalmente, no las mismas que se poseían, ya que esto sería imposible.

—¿Entonces?

—Se copian las de un muerto, como podrían copiarse las de un vivo, aunque esto no sería legal.

Y tras una corta pausa, añadió:

—El profesor tiene el proyecto de presentar su invento al gobierno.

—¿Por qué al gobierno?

—Porque le interesará mucho este asunto. Imagínese que al cabo del año, solo en los Estados Unidos, pierden esa característica individual que son las huellas dactilares, unas cuarenta mil personas.

—¿Cómo es posible?

—Por toda clase de accidentes: quemaduras, machacamientos, arrancamiento por máquina...

—¡Nunca lo hubiese creído!

—Pero no es eso lo más interesante, ya que el profesor quiere conseguir la recuperación total de ciertas partes destrozadas, copiando exactamente las de un ser vivo o muerto.

Black apenas escuchaba ya.

Todos los detalles técnicos de los que el otro le estaba hablando, ni le interesaban ni los entendía.

Injertos, plastias, colgajos migratorios. Todas aquellas palabras no

poseían significación alguna para el lugarteniente de Funk al que solo había llamado la atención el asunto de las huellas dactilares.

Para no despertar sospechas, dejó que Orson hablara cuanto quisiese.

Luego:

—¡Es fantástico! Aunque he de confesar que no he entendido mucho de ese asunto de las huellas...

—¡Es sencillo! imaginemos por un instante que usted acaba de quemarse las manos y que ha perdido sus impresiones digitales. Se coge un cadáver, "vitalizando" sus papilas y, mediante una plastia virgen, se copian las papilas del muerto que, una vez moldeadas, podrán serles aplicadas al que las ha perdido.

—Pero usted ha dicho antes que era posible hacerlo también con una persona viva.

—Evidentemente, aunque le repito que el gobierno lo prohibiría.

—¿Por qué?

—Voy a ponerle un ejemplo: Yo me he quemado y usted, sin perder sus huellas, me cede el derecho para que sean copiadas pasando yo a poseer unas impresiones digitales idénticas a las suyas.

—Ahora lo comprendo.

—Pero también comprenderá el peligro que representa esa duplicidad de huellas, ya que yo podría convertirme en un criminal, comprometiéndole a usted de una manera espantosa.

—Eso es.

—Por lo tanto, el gobierno no autorizará jamás semejante uso del invento del profesor.

—Tiene usted razón.

Y después de una corta pausa.

—¿Van muy adelantados esos trabajos?

—Están prácticamente ultimados.

Black sonrió hipócritamente.

—Debe ser emocionante colaborar con un sabio como el profesor Steward.

—Lo es.

—Apenas lo conozco, pero debe ser un hombre formidable.

Orson sonrió tristemente.

—Todos los hombres tenemos nuestros problemas.

—¿También los tiene el profesor?

—¡Como todo el mundo! Su hijo Fred la trae de cabeza.

—¿Está enfermo?

—Peor que eso. Es un jugador empedernido.

—Comprendo. Ya es triste para un hombre como el profesor tener problemas de ese tipo.

Orson se puso en pie.

—Debo irme...

—Lo sé.

—Volveré la semana próxima.

—Cuando usted quiera. Y gracias por las interesantes cosas que me ha contado.

—Adiós.

CAPÍTULO III

Las manos de Max se movían rápidamente sobre el cuerpo bronceado que yacía ante él.

A él también le habían tratado así cuando era un deportista famoso.

Pero había pasado mucho tiempo desde entonces.

Max se concentró en aquella poderosa maquinaria que era el cuerpo de Tony Soretti, que debía estar dispuesta para el gran combate, para el que faltaban solamente dos días.

Al terminar el masaje, Max echó una enorme toalla sobre el cuerpo del púgil, frotando con energía.

—¡Ya está, Tony!

El boxeador volvió la cabeza, mirando con simpatía a su viejo entrenador.

—Sécate la cara, Max.

El otro se encogió de hombros.

—Es igual.

—No. Ya te he dicho mil veces que debías haber buscado un masajista más joven. Tú ya no estás para estos trotes.

—Quieres librarte de mí, ¿verdad?

—¡No digas tonterías! Sin tus consejos, sin tu ayuda, jamás habría llegado a ser lo que soy.

Y tras mover la cabeza de un lado para otro...

—Lo que deseo, Max, es que pases una vejez tranquilo y que no te canses inútilmente. Además...

Sonrió misteriosamente, y Max le miró, frunciendo el entrecejo.

—¿Qué tienes en la cabeza, Tony?

—Adivínalo!

Moviendo la cabeza, Max se secó el rostro con la toalla.

Luego miró al boxeador.

—Estás jugando con fuego, muchacho.

—¿Qué quieres decir?

—Que sé, sin necesidad de ser un adivino, lo que ibas a decirme. Y no debes hacerlo.

Soretti se sentó en el lecho del masaje, moviendo la cabeza de un lado para otro.

—Hablemos claro, Max. Estoy enamorado de Pamela Walker y quiero hacerla mi esposa.

—Ya lo sé.

—¿Y te parece mal que un hombre se case, Max?

—Tú no eres un hombre como los demás.

—¿Por qué?

—Si dejamos aparte que vas a destrozar tu carrera y a defraudar a los millones de seguidores que te admiran, que vas a echar por tierra todo lo que has obtenido en estos años de esfuerzo, hay algo más...

—¿De qué se trata?

—De la muchacha que has elegido por esposa.

—¿Y qué?

—Nada, excepto que es la sobrina del hombre que te ha ayudado a convertirte en lo que eres.

—¿Y qué tiene que ver eso?

—Eres un cabeza dura. ¿Crees que Funk va a alegrarse de que hayas elegido a su sobrina?

—¿Y por qué no? No entiendo.

—Porque tienes la sesera llena de serrín, Tony. Funk es un hombre que ocupa una posición social elevadísima, lo que permite suponer que tiene planes concretos respecto a su sobrina.

—¡Ella me ama a mí!

—Porque tú has aparecido ante ella con una aureola que encantaría a cualquier mujer. Pero estoy seguro de que Funk ha recibido la noticia de vuestras relaciones con muy poca alegría.

—¿Crees que lo sabe?

Max se echó a reír.

—¿Es que no has echado una ojeada a los periódicos de estos días?

—¿Lo dices por lo de las fotos?

—Naturalmente. ¿A quién se le ocurre patentizar así lo vuestro?

Fue en aquel momento cuando sonó el timbre del gimnasio.

—Ve a abrir, Max, por favor.

—¿Crees que se atrevería a venir aquí?

El púgil sonrió.

—Ve a abrir, viejo zorro, y no hagas preguntas.

Max movió la cabeza, mientras se dirigía hacia la puerta.

Momentos después, volvía precediendo a Funk.

—¡Es el jefe, muchacho! —gritó, para prevenir al joven que era capaz de hacer alguna tontería imaginándose que quien llegaba era Pamela.

Tony torció el gesto, aunque logró sonreír mientras avanzaba al encuentro de Charles.

—Hola, patrón.

También Funk sonrió.

—Hola, campeón. ¿Cómo van esas energías?

—Bien. Ya estoy deseando estar en el cuadrilátero.

—Yo también.

Max se había quedado un poco a la zaga, dando una muestra de respeto

o de temor, al poderoso personaje que le daba de comer.

Charles se volvió hacia él.

—¿Cómo le encuentras tú, Max?

—En forma, señor Funk.

—No me lo canses mucho, ¿eh?

—No tema.

Funk miró a Tony.

Nada trasparentaba en su mirada el odio que anidaba en su corazón.

—Tenemos que ganar, ¿eh, Tony?

—Cuente conmigo, señor.

—Tengo ya una relativa información sobre tu contrario.

—¿Lucky el Africano?

—¿Y quién quieres que sea, animal?

—Perdone, patrón.

—Voy a decirte algo. El Africano es rápido, duro, implacable y viene dispuesto a ganar.

—Lo supongo.

—Pero quiero que entiendas lo que desea ese muchacho. Muchos de sus parientes estuvieron encerrados en la cárcel de su país.

—No lo sabía.

—Lucky es el hijo de una antigua familia de guardianes, gente tosca y brutal, que nunca salió de allí.

Guiñó el ojo al púgil.

—¿Te imaginas lo que haría si ganase el combate?

—No lo sé.

—Muy sencillo. Traería a su familia a vivir aquí, a un mundo que ni siquiera se han atrevido a soñar.

—Comprendo perfectamente ese deseo, señor; pero también tengo yo proyectos para después de la victoria.

—¿Qué clase de proyectos?

—Pedirle algo que nunca me hubiese atrevido a hacer hasta no obtener el triunfo.

Funk sonrió.

Detrás, Max sin poderlo evitar se echó a temblar, haciendo gestos a su pupilo para que se alejara de aquellos peligrosos derroteros.

Pero las palabras que pronunció Charles le dejaron helado, casi tanto como al boxeador.

—Te refieres a la mano de Pamela, ¿verdad?

—¿Cómo lo ha adivinado usted?

—No ha sido muy difícil —sonrió el otro—. ¡Todo se andará, muchacho!

—¡Gracias, señor!

—No me las des aún, Tony. Acabo de decir que no me vería con fuerzas de negar nada a un campeón del mundo.

—Lo seré. No lo dude.

Funk sonrió.

—Eso me alegra; pero no confíes demasiado. Ese bestia de Africano ha sido entrenado por verdaderos salvajes.

—No importa.

—Mejor para todos.

Se volvió hacia Max, al que miró con fijeza.

—Conviene que, durante estos días, se acueste temprano y no salga del recinto de entrenamiento.

—Así se hará, señor.

—Hay dos millones de dólares en juego y no me gustaría perderlos por una estupidez. ¿Entendido, Max?

—Pierda cuidado, míster Funk.

—¡Adiós, Tony!

—Adiós y gracias de nuevo, patrón.

Cuando el patrón hubo salido, Max le había acompañado hasta la puerta, vio el viejo entrenador que Tony estaba bailando solo, ejecutando unos pasos de vals.

—¿Te has vuelto loco?

El otro lanzó una carcajada.

—¿Es que no es para perder la cabeza? ¿No has oído lo que ha dicho el patrón?

—Jamás lo hubiese creído.

—Pues lo ha repetido dos veces. Ha dicho que no podría negar nada a un campeón.

—Naturalmente.

Y mirando severamente al viejo boxeador:

—¿No irás a ser tú, precisamente tú, quien dude de mi victoria?

Max sonrió.

—No, hijo mío. Ya sabes que solo te deseo toda la felicidad que sea posible a un ser humano.

* * *

El coche, un modelo potente, se detuvo a pocos pasos de la entrada de la clínica.

Black, después de cortar el contacto, descendió del vehículo, encendiendo un cigarrillo, antes de entrar en el edificio.

A la derecha del vestíbulo, un mostrador flamante ofrecía un letrero en el que se leía: «Información».

Una agradable muchacha le sonrió, a la vez que preguntaba:

—¿Qué desea usted, señor?

—Hablar con el profesor Steward.

—¿Tiene pedida hora?

—No.

—Lo lamento, pero deberá solicitar una entrevista con antelación.

—No lo creo.

Ella le miró, sorprendida.

—No le comprendo, señor.

Black frunció el entrecejo.

—Es muy sencillo. Diga al profesor que su hijo está en una gravísima situación y que deseo conducirle adonde se encuentra.

La muchacha había palidecido.

—¿Le ha ocurrido algo al hijo del profesor?

—Haga el favor de llamarle, señorita. No podemos perder mucho tiempo.

—Enseguida.

Manejó las teclas del aparato con dedos nerviosos, hablando luego por el micrófono.

—Bajará dentro de unos instantes.

El hombre sonrió.

—Me sentaré allí para esperar al profesor.

Sentado, observó el ir y venir de enfermeras y doctores que iban de un lado para otro.

«Un magnífico negocio», pensó Person, sonriendo.

Momentos después, un hombre alto, de porte señorial, se acercó a él.

Black se puso en pie.

—¿Profesor Steward?

—Sí. ¿Quién es usted?

—Eso importa poco. Ya le explicaré por el camino.

—¿Qué le ha ocurrido a Fred?

—Pronto lo verá.

—¿Está herido?

—No, no, señor. Haga el favor, profesor. Tengo mi coche ahí fuera y llegaremos en pocos minutos.

El profesor asintió con la cabeza, siguiendo al desconocido.

Una vez instalado en el coche del granuja y cuando este lo puso en marcha Philip no pudo resistir más.

—Espero que ahora me explicará...

El otro se encogió de hombros.

—Sé muy poco de lo que ha pasado, profesor. Por casualidad, pasé por un bar en el que me tropecé con su hijo, en medio de una escena desagradable.

—¿Jugando?

—Habían terminado la partida, pero los hombres estaban dispuestos a destrozar el rostro de su hijo.

—¿Eh?

—Los separé, rogándoles que no lo golpeasen más. Conociendo a esos fulanos, me parecía mejor calmarles, prometiéndoles que le vendría a buscar a usted.

—Se lo agradezco.

—No tiene importancia. Ya estamos llegando.

En efecto, momentos después, el vehículo se detenía en una callejuela infecta, un lugar verdaderamente sórdido.

—Aquí es.

Bajaron, y Blak condujo a su acompañante, a través de un dédalo de pasillos sombríos, hasta un sótano.

Solo había una bombilla en aquel lugar, en el que se veían varias mesas provistas de tapete verde.

Y unas desvencijadas sillas.

En una de ellas estaba Fred.

El profesor se acercó a su hijo.

El joven tenía el rostro amoratado, los labios hinchados y uno de sus ojos empezaba a tomar un intenso color violáceo.

—¿Por qué le han pegado? —inquirió el profesor paseando una mirada colérica a su alrededor.

Uno de los trúhanes dio un paso hacia adelante al tiempo que sonreía.

—¿Qué por qué le hemos sacudido? Porque quería engañarnos.

Y sacando un montón de papeles azules, se los tendió a Blak.

—Explícaselo tú, amigo.

Este tomó la palabra.

—Mire, profesor. Son cheques que su hijo ha ido firmando, imitando la firma de usted.

Y tras una pausa:

—Naturalmente, el banco se ha negado a hacerlos efectivos.

El profesor asintió con la cabeza.

—¿A cuánto se elevan? —inquirió, echando mano a su propio talonario.

—El total asciende a un millón de dólares.

Steward le miró asombrado.

—¿Eh?

Parecía como si acabasen de clavarle un cuchillo en la espalda. Se puso intensamente pálido y se quedó mirando a Blak como si no comprendiera lo que acababa de oír.

—¿Un... millón? —balbució.

Black afirmó:
—Eso es.
—¡No puedo creerlo! Mi hijo no ha podido jugar esa cantidad.
Black sonrió:
—La ha jugado, profesor.
De la frente del doctor brotaba, en finas gotas, un sudor frío.
—¿Es que no se dan cuenta? Yo no tengo ese dinero. No lo he tenido jamás.
Black volvió a sonreír.
—Ya lo sé.
—¿Entonces?
—Solo hay una manera de solventar ese enojoso asunto, doctor: rompiendo estos cheques y olvidándonos de la deuda.
—No le comprendo.
—Usted puede librarse de la vergüenza de ver a su hijo en la cárcel. Al mismo tiempo, la deuda desaparecerá.
—Sigo sin entenderle.
—Mire, profesor. Si usted se niega, estos van a hacer que trabaje usted muchas semanas para reconstruir a cara de Fred. Además, naturalmente, enviarán el asunto a los tribunales.
El profesor miró extrañado a Blak.
—¿Qué es realmente lo que usted quiere de mí?
—Muy sencillo, un trabajo de cirugía estética la mar de fácil para usted.
—Algo ilegal, ¿no?
—En absoluto. Si está decidido, puede cancelar todos sus compromisos por teléfono y nombrar a un sustituto durante su corta ausencia. ¿No merece la pena, profesor?
Philip miró a su hijo y después a Blak, clavando su mirada en los cheques que este tenía en la mano.
Preguntó al fin:
—¿Palabra de honor que romperán ustedes los cheques?
Black dijo:
—Palabra de honor. Si está usted decidido, se los entregaré para que los rompa después...
Su voz se hizo amenazadora:
—Pero no intente pasarse de listo.
—No hace falta que me los entregue ahora, hasta que haya terminado mi trabajo —hizo una pausa—. ¿Y Fred?
—Lo llevarán ahora mismo a su casa.
Hubo un silencio; después, cerrando los puños Steward miró fijamente a los chantajistas, ya que estaba seguro de que se trataba de gente de aquella ralea.

Pero su hijo se había dejado coger en una trampa de la que no había más que una salida...

—Acepto —dijo con voz sorda.

CAPÍTULO IV

El *gong* sonó y los dos púgiles se separaron.

Tony se dejó caer en el banquillo que Max acababa de colocar.

Tenía el rostro tremendamente hinchado, habiendo perdido en absoluto la visión del ojo derecho, y viendo apenas con el izquierdo cuya ceja acababa de partirle su enemigo.

Tampoco el Africano había escapado indemne, y su faz ofrecía casi el mismo aspecto que la de su enemigo.

Pero se conservaba, en el undécimo asalto, más en forma que su adversario.

—¿Cómo va, Tony?

El boxeador volvió la cabeza hacia su entrenador.

—Regular, Max... por no decir mal.

—Quedan dos asaltos, amigo.

—¿Solo dos?

Y, después de una pausa dolorosa, preguntó:

—¿Cómo vamos de puntos, Max?

—Te lleva una pequeña ventaja.

—¡Maldita sea! Es mucho más fuerte de lo que yo pensaba.

Y tras una nueva pausa:

—Necesito vencerle, Max.

—Ya lo sé; pero has de trabajarle más intensamente.

—Voy a intentarlo.

—Si no le adelantas en puntos durante estos dos asaltos, los jueces le darán la victoria.

—¡No puede ser!

Sternon se dio cuenta de todo el dolor que había en la exclamación de Tony.

—Cúbrete la cara, muchacho. Ya sabes que él prefiere los golpes al rostro. Si te acierta en el ojo que te queda medio sano, estamos perdidos.

—¡Quiero tumbarlo!

—Es muy difícil. Tiene la cara estropeada, pero no has conseguido pegarle como él lo ha hecho, no olvides que ha buscado cegarte desde el principio.

—¿Cómo van las apuestas?

—Han bajado, Tony. Y es natural. La gente está casi segura de que Lucky se llevará la victoria.

—¡Maldita sea!

Fue en aquel momento cuando Funk se acercó a ellos.

La mirada que dirigió al boxeador estaba cargada de reproches.

—¿Qué demonios te pasa?

—No lo sé, patrón; pero no se preocupe.

—¿Cómo no voy a preocuparme si todo esto va a costarme cerca de un millón de dólares?

—¡Ganaré, míster Funk!

Charles se acercó a las cuerdas, de manera que sus palabras fueran solamente oídas por el joven.

—¿Has olvidado a Pamela?

Un estremecimiento recorrió la espalda sudorosa del púgil.

—¡No! —rugió.

—Pues ya sabes la que te estás jugando. Si sales vencido esta noche, no te acerques nunca más a ella, ni a mí. ¡Todo habrá terminado!

Tony intentaba mirar a Funk a través de aquella especie de niebla que le rodeaba.

—¡Venceré!

En aquel momento, se escuchó la voz del megáfono:

—¡Segundos fuera!

Max salió del *ring* llevándose la banqueta, puesto que Tony se había incorporado.

—¡Suerte, pequeño!

¡Dang!

Tony avanzó hacia el centro del cuadrilátero.

Las palabras que Funk acababa de pronunciar seguían produciéndole una terrible angustia.

«¡Si pierdes, no te acerques más a Pamela»!

Vio la masa de su contrario que se le echaba encima, y se cubrió el rostro recibiendo los primeros golpes en el pecho y cuello.

«Tengo que conservar la poca vista que me queda —se dijo—. Tengo que encontrar su barbilla, sea como sea».

El otro seguía golpeando implacablemente, y Tony sabía que cada golpe iba siendo controlado por los jueces, que anotaban más puntos a favor de su contrario.

«No me importa... no me importa... he de buscar su mentón...»

Una niebla pegajosa le rodeaba, mientras que el rostro de su enemigo seguía casi siempre oculto tras los guantes.

El Africano continuaba pegando fuerte.

Por el contrario, desde que había sonado la campana. Tony no había descartado ni un solo golpe sobre su adversario.

El público empezó a abuchearle.

«Tengo que ganar. Pamela no puede ser de otro».

Los golpes de Lucky seguían lloviendo sobre él.

Pero lo curioso era que parecía completamente insensible a ellos, a

pesar de que se trataba de verdaderos mazazos.

El público abucheaba decididamente a Tony.

—¿Te has dormido?

—¿Por qué no pegas?

—¡Acaba con él, Lucky!

Y el Africano, que ya estaba empezando a ponerse nervioso ante la pasividad de su contrario, arreció, dispuesto a terminar aquella farsa de una vez.

«El mentón...»

Lucky se lanzó, intentando abrir la guardia que cubría el rostro de Tony.

También buscaba él la barbilla o, al menos, el otro ojo del púgil.

Y fue en aquel momento, cuando dejándose llevar por la impaciencia del público, y dispuesto a acabar con su adversario, Lucky cometió el error de abrir la guardia.

«El mentón...»

¡Allí estaba!

Un par de décimas de segundo bastaron para que su brazo derecho, dolorosamente contraído hasta entonces, saliese disparado como una catapulta.

Puso en el esfuerzo todas las energías de que era capaz.

Un rugido del público coreó aquel formidable golpe.

Cogido de improviso Lucky vaciló un instante, desplomándose como una masa inerte.

—Uno, dos, tres...

«¡Pamela, lo he conseguido!»

—Cuatro, cinco, seis...

«¡Lo he conseguido, lo he conseguido!»

—Siete, ocho, nueve...

«Míster Funk estará contento y podremos casarnos, amor mío. ¡Nunca más volveré al *ring*!»

—¡Diez! —terminó la cuenta fatal.

Le levantaron el brazo en medio de una aclamación formidable.

La gente gritaba hasta quedarse ronca.

Y, de repente. Tony se desplomó tan pesadamente como su enemigo, llegado al límite de su residencia, definitivamente agotado.

* * *

—¡Cómo va eso, muchacho?

Funk, sonriente como nunca, acababa de entrar en la habitación en la que, por prescripción facultativa, Tony llevaba dos días recuperándose.

—¡Formidable, patrón! ¿Cuándo podré levantarme?

—Hoy mismo.

Soretti dudó unos instantes; luego:

—¿Y Pamela, míster Funk?

—Precisamente venía a hablarte de eso. Hemos de preparar el viaje.

—¿El viaje?

—Sí. Pamela está en México.

—Pero...

—No te alarmes, muchacho. Era una sorpresa que te preparaba para después del combate. Un amigo mío nos invitó a su magnífico rancho. Envié a Pamela, diciéndole que nos esperase allí.

—¡Estupendo!

—Claro. Haremos el viaje en coche.

—Como quiera.

Charles se volvió hacia el viajo entrenador.

—Como sé que eres el banco de Tony, ahí tienes el cheque de lo que le corresponde.

—De acuerdo.

—Es de cien mil dólares.

Y mirando a Tony:

—Estarás contento, ¿eh?

—Mucho.

—Te portaste bien, aunque me hiciste pasar unos momentos terribles. ¿No es verdad, Max?

—Y tan verdad. Por poco pierdo los cuatro pelos que me quedan en la cabeza.

Funk lanzó un suspiro.

—Afortunadamente, todo acabó bien. Ya eres famoso otra vez.

—La última, señor Funk.

—¿Cómo?

—Estoy decidido a no subir más al cuadrilátero. Se lo prometí a Pamela.

Charles sonrió.

—Eso es otra cosa. Me marcho. ¿Podrás estar en casa a las siete?

—Como un clavo.

—Adiós.

—Adiós y gracias.

En la puerta, Funk dijo al entrenador:

—Lo lamento, Max. Pero mi amigo de México no nos invitó más que a nosotros tres.

—No tiene importancia. Ahora que el chico va a retirarse, ha llegado el momento de que yo también descanse.

* * *



Figuerola había traído los caballos y Pamela palmoteo de alegría.

—Son dos hermosos ejemplares, señorita —dijo el mexicano.

Tony sonrió.

—Daremos un gran paseo —y volviéndose a Charles—: ¿Usted no viene, míster Funk?

—No. Tengo qué hacer. Espero que lo paséis bien.

Los dos jóvenes se alejaron con sus caballos al trote.

Figuerola volvió el rostro hacia Funk.

—No sé cómo lo aguantas, Charles.

—Tampoco lo sé yo; pero es posible que esta prudencia me la haya impuesto la experiencia.

—¡Yo lo mataría de un tiro!

—¿Y qué conseguirías, Luis? Eso, muchacho, es una especie de héroe nacional y su desaparición acarrearía problemas muy graves.

Hizo una pausa.

—Es mejor pensar con la cabeza.

El otro lanzó un bufido.

—Yo no podría. Cuando me pongo en tu lugar y pienso que ese mequetrefe está enamorando a la mujer por la que estás loco...

Funk lanzó un suspiro.

—No es tan sencillo como te imaginas, Luis. He de hacerle desaparecer; pero, al mismo tiempo, hacer que todo el amor que ella siente por él, se convierta en odio.

—Te comprendo.

—¿Vamos a ver a Blak?

Se dirigieron hacia los pabellones laterales de la finca, entrando en una habitación del primer piso donde, en un lecho, estaba acostado Blak.

Tenía las manos vendadas.

—¿Cómo va eso, Blak?

—Bien, patrón.

—¿Y el médico?

—Durmiendo en su habitación. Trabajó toda la noche.

—¿Qué hizo?

—Cortarme las yemas de los dedos, pero no sentí nada.

—¿No te dijo cuándo debía hacer lo que falta?

—Apenas habla. Está amargado.

—¿Qué nos importa? Guardamos fotocopias de los cheques y, si se le ocurriera la mala idea de denunciarnos, hundiríamos a su hijo.

—No creo que intente nada. Está deseando regresar a su clínica.

En aquel momento el doctor apareció en el umbral.

—Es verdad —dijo—. Deseo regresar cuanto antes.

—Eso depende de usted, doctor.

—Desdichadamente no, no. Los injertos me llevarán un par de días. ¿Cuándo podré obrar sobre el otro paciente?

—Cuando usted quiera.

—Desearía empezar hoy mismo.

—Bien. Ya le dije que él no debe enterarse de lo que se hace. ¿Hay que operarle?

—No. Colocaré los colgajos de piel que he obtenido de las papilas del otro. Al cabo de dos días, tendré una copia exacta de sus huellas que, cinco días después, se habrán adaptado definitivamente.

—Perfecto. Lo único que quiero saber es cómo podemos hacer todo eso sin que ese tipo se entere.

—Habrá que dormirle. Ya he preparado una solución de somníferos para que se la den en cualquier bebida. Luego le aplicaré una dosis de pentotal.

—Perfecto. Usted regresará en avión a Nueva York, en mi aparato, adonde iremos los tres: Usted, el paciente y yo. ¿Entendido?

—Sí.

—Tampoco quiero que el paciente le conozca. Procurará usted que no despierte hasta que nos hayamos separado en Nueva York.

—Entiendo.

—Otra cosa, doctor: Procure olvidar todo lo que ha ocurrido aquí. Le entregaré los cheques, a condición de que me prometa olvidarlo todo.

—¡Ninguno de sus sucios asuntos me interesan!

Charles sonrió.

—Así es mejor. Esta noche tendrá usted a su paciente. Haré que Pamela regrese hoy mismo. Estaremos mejor solos.

CAPÍTULO V

Max encendió el aparato de televisión, ya que iba a transmitirse un importante combate de boxeo, para el título europeo de todos los pesos, que iba a celebrarse en París.

El viejo entrenador estaba contento, con el cigarrillo entre los labios, pensando en el dinero que tenía ahorrado y en las pocas preocupaciones que la vida podía proporcionarle ya.

Fue entonces cuando llamaron a la puerta.

Los dos hombres a los que abrió le eran completamente desconocidos, aunque sus narices achatadas decían bien su calidad de boxeadores.

—¿Max Sternon?

—Sí.

Uno de ellos, el que había hablado, sonrió.

—¡Ha sido una suerte, señor Max!

—No entiendo, pero pasen ustedes.

Les condujo al salón, en el que apagó la televisión al tiempo que decía:

—Me disponía a ver el combate de París.

—Si molestamos, nos vamos.

—No. Aunque, en realidad, no recuerdo sus rostros.

—Es natural. No somos de aquí. Pero nosotros sí que le conocemos. Le vimos la otra noche.

—¿Estuvieron en el combate Soretti-Lucky?

—Sí, fue algo estupendo, pero vamos a lo que importa. Mi amigo es Harold y yo soy Freeman, Lewis Freeman.

—¿Y bien?

—Hemos peleado de lo lindo, pero no hemos tenido suerte.

—¿Tan mal están?

—Peor que eso. No hemos comido nada desde ayer.

Max sonrió.

—No soy un hombre rico, muchachos, pero puedo solucionar ese problema.

Se levantó para ir hacia el mueble donde guardaba algunos billetes.

Apenas había dado la espalda a los dos hombres, cuando un puñetazo en la nunca le hizo desplomarse pesadamente en el suelo.

* * *

Tony abrió los ojos intentando, al mismo tiempo, coordinar la barahúnda de ideas que corrían por su cerebro.

No lo consiguió.

Miró fijamente a la enfermera que estaba junto a su lecho.

—¿He estado enfermo? —inquirió.

—Lo encontraron anoche, tirado en el suelo. Y lo trajeron a este hospital.

—¿Estoy herido?

La enfermera sonrió.

—No. El médico ha diagnosticado su caso como alcoholismo no habitual.

—¿Cómo? ¡Es imposible que yo me haya emborrachado!

—No se preocupe. Todos lo conocemos y la prensa no sabrá nada.

—¡Pero si no he probado una gota de alcohol en mi vida!

—Por eso debió sentarle tan mal lo que tomó ayer.

—No lo entiendo. Yo estaba en México y ahora estoy en Nueva York —dijo mirando los rascacielos que se veían a través del cristal.

—También sabemos eso. Míster Funk avisó a la policía, porque usted había desaparecido misteriosamente. Estuvo aquí esta mañana y parecía no entender nada.

Tony frunció el entrecejo.

—Es para volverse loco. Si al menos me acordara de algo...

—Eso es lo que suele ocurrir después de...

—¡Dios santo! ¿Y qué habrá pensado Pamela de todo esto?

—¿Su novia?

—Sí. Estaba con ella y lo último que recuerdo es que habíamos dado un paseo a caballo.

—¿No se caería usted?

—¡Oh, no!

—Se lo pregunto porque muchas veces un golpe de esa clase produce casos de amnesia como el que usted padece.

—Siempre he tenido una memoria formidable.

La llegada del médico obligó a la enfermera a ausentarse, y cuando hubo cerrado la puerta, el doctor se acercó al paciente.

—¿Tuvo usted alguna vez fuertes dolores de cabeza?

—No, nunca.

El médico asintió brevemente.

—De todos modos —dijo—, tendremos que hacer un electroencefalograma.

—Yo quisiera hablar con míster Funk.

—Tendrá tiempo de hacerlo.

Tras llevar a cabo la prueba, Tony, con el corazón lleno de ansiedad, preguntó al médico si todo había salido bien.

—No se preocupe, amigo mío.

—Oiga, doctor, ¿no podrían avisar a la señorita Pamela Walker?

—Tenga un poco de paciencia. Dentro de poco, podrá recibir las visitas que desee. Ahora no puede.

—¿Es que estoy loco? —gritó, desesperadamente.

—En absoluto. Tenga un poco de paciencia. Vamos a darle un sedante.

* * *

Volvió a vivir, en sueños la terrible pelea contra el Africano. Al abrir los ojos, se sorprendió de ver a dos desconocidos junto a la enfermera que le sonreía.

—Ya ha despertado —dijo la muchacha.

—Tenga la amabilidad de dejarnos solos.

Cuando la enfermera se hubo ido, uno de los hombres, el de más edad, dijo:

—Soy el inspector jefe Marke, de la policía del estado, y este es mi ayudante, el agente Callowan.

Tony sonrió.

—Les advierto que estoy en orden con la policía.

—Bien —cortó el inspector—. Lo que deseamos es que nos diga, lo más exactamente posible, dónde estuvo el jueves y viernes de la semana pasada, días doce y trece de noviembre.

—No lo sé.

—Intentaremos ayudarle. El once por la mañana se encontraba usted en un rancho mexicano. A mediodía, mientras le esperaban para la comida, desapareció misteriosamente.

Y tras una corta pausa:

—Reapareció usted el catorce por la mañana completamente borracho, no lejos del parque situado cerca de la Estatua de la Libertad.

—No lo entiendo. Lo último que recuerdo es el paseo que di a caballo, en el rancho del señor Figuerola, con la señorita Walter.

—¿No recuerda nada más?

—No.

—Escuche, Soretti: Es inútil que intente engañarnos.

—Pero...

—Cuando le encontraron borracho, llevaba usted en el bolsillo un buen montón de joyas de Sawsson.

—¿Y quién es ese?

—Uno de los joyeros más importantes de la ciudad. Exactamente donde usted estuvo la noche del trece.

—¡Eso no es cierto!

—¿Tampoco recuerda que mató usted a dos hombres, dejando el tercero gravemente herido, cuando robó las joyas?

—¡Eso es una locura!

—Es posible. El doctor acaba de comunicarnos que su electroencefalograma es normal, lo que quiere decir que usted posee todas sus facultades mentales, incluso la memoria.

Soretti estalló:

—¡No recuerdo nada, inspector!

El hombre hizo un gesto.

—Está bien. Dejemos ese asunto. Se encuentra bien, ¿verdad?

Tony asintió.

—Perfectamente.

—Entonces, va a vestirse y nos acompañará.

—¿A dónde?

—A la central.

Soretti preguntó:

—¿Detenido?

—Sí.

—Quiero hablar con un abogado.

El inspector se encogió de hombros.

—Como quiera.

—¿Me permitirán hablar con mi entrenador?

—Sí, pero delante de nosotros.

—Está bien. Haga el favor de llamarle mientras me visto.

Minutos más tarde, mientras Tony fumaba nerviosamente un cigarrillo, el viejo Max se presentó en la habitación.

A Soretti le pareció que Max había envejecido veinte años más.

—Escucha, Max —le dijo—. Me encuentro en un absurdo apuro. No es el momento de explicártelo, porque pronto lo sabrás. Quiero que busques al mejor abogado de la ciudad, sin reparar en gastos.

—¡Tony!

Era más que una exclamación, un sollozo.

—¿Qué pasa, Max?

Los ojos del entrenador se llenaron de lágrimas.

—Me han robado, Tony. Todo tu dinero. El que me confiaste para que te lo guardara. Me golpearon por la espalda.

El inspector no pudo evitar una sonrisa.

Pero el boxeador, con los ojos desmesuradamente abiertos, preguntó:

—¿Qué te han robado? ¿Quién ha sido?

—No lo sé, Tony. Eran dos hombres que vinieron en busca de ayuda. Dijeron que no habían comido hacía dos días...

—Comprendo, Max.

Intervino el inspector:

—¿Por qué no denunció usted el hecho a las autoridades?

—Ya lo hice.

Tony sonrió, tristemente.
—Es igual, Max... Todo es igual.

CAPÍTULO VI

—Soretti: este tribunal te condena, por doble homicidio y robo, pero debido ciertos atenuantes, a pasar el resto de tu vida en una prisión del estado.

Aquello fue todo.

El resto, las declaraciones de los testigos, la brillante intervención de míster Funk, que solicitaba clemencia para el campeón del mundo, no sirvió para nada.

La sentencia estaba dada.

Cadena perpetua.

Podían haberle condenado a muerte, pero un movimiento popular se alzó por doquier, y el jurado acabó también por dejarse ganar por la inocencia que se leía en los ojos del púgil.

Aunque las pruebas poseían una evidencia espantosa.

Sus propias huellas dactilares se habían encontrado por doquier, en el lugar de los hechos.

Estaba anonadado.

Quizá fue aquella expresión de incomprensión lo que hizo que los miembros del jurado, así como el público que llenaba la sala, intuyesen que aquel muchacho era sencillamente incapaz de asesinar y robar.

Pero los técnicos en dactiloscopia no tuvieron la menor duda al comparar las huellas dactilares encontradas en la joyería y que demostraban ser, sin duda alguna, las de Tony Soretti.

* * *

Desde detrás de la mesa, el alcaide de la penitenciaría a la que Soretti había sido enviado, esbozó una cruel sonrisa.

—Así que tú eres el famoso campeón, ¿verdad?

Tony se limitó a asentir con la cabeza.

—Yo asistí a aquel famoso combate —siguió diciendo el alcaide—, y lo peor de todo es que perdí aquella noche dos mil hermosos dólares.

El detenido seguía sin despegar los labios.

Con los ojos cargados de odio, el alcaide le dirigió una mirada fulgurante.

—Solo quiero que me expliques una cosa...

Tony pareció salir de su mutismo.

—¿Qué cosa, señor?

—Solo quiero que me digas, hijo de perra, de qué trampa te serviste para tumbar a Lucky de aquella forma.

—No hubo trampa alguna, señor. Yo iba perdiendo por puntos...

—Eso ya lo sé. El Africano te había deshecho la cara. Por eso mismo tuviste que utilizar alguna treta.

—Le aseguro que no, señor. Tuve la suerte, en un instante, cuando mi adversario abrió la guardia, de lanzarle un directo a la barbilla.

—Eso es mentira. Pero no importa. Hubiera sido mucho mejor que te hubiesen condenado a muerte. Porque también en lo del juicio hubo trampa.

Tony se mordió los labios.

Comprendió perfectamente todo lo que ocultaba la amenaza que el alcaide acababa de formular.

Pero por si no lo había entendido bien, el hombre sentado tras la mesa de despacho, la golpeó brutalmente con el puño.

—Hay en esta cárcel —dijo—, y especialmente en el campo de trabajo al que vas a ser enviado, mucha gente que apostó hasta su último dólar por Lucky.

Se echó a reír.

—Y esa gente—, prosiguió diciendo— va a ponerse muy contenta cuando puedan hacerte pagar el mal rato que les hiciste pasar aquella noche en tu asqueroso y trucado combate.

* * *

El campo de trabajo, situado a unas treinta millas de la prisión, no era ni más ni menos que una cantera, abierta a un cielo implacable, ya que la penitenciaria a la que había sido enviado Tony, se encontraba en pleno desierto de Arizona.

Nada más bajar del vehículo celular que le había conducido desde la lejana Nueva York, Soretti se percató de que las amenazas del alcaide no habían sido vanas.

Un noventa por ciento de los que trabajaban en aquella cantera eran de raza negra.

A pesar de saber que en sus tiempos de púgil gozaba de gran simpatía por una buena parte de los habitantes negros de Harlem, Tony no ignoraba que el Africano se había convertido, gracias a sucios manejos políticos, en una especie de representante de los negros de los Estados Unidos.

Por eso, no le extrañó absolutamente nada, cuando penetró en el barracón que servía de despacho al jefe de la cantera, ver que las paredes cubiertas por retratos que representaban, de cien formas distintas, a Lucky el Africano.

Y como era natural, las palabras del jefe de la cantera no hicieron más que repetir, en forma más brutal, lo que el alcaide le había dicho.

Tony aguantó el chaparrón percatándose de que iba a ser necesario que

tuviese mucha, muchísima paciencia, si lo que deseaba verdaderamente, y así era, era salir con vida de aquel infierno.

El jefe de la cantera, un hombre de aspecto brutal, con unos ojillos porcinos bajo cejas hirsutas, esbozó una sonrisa de complacencia.

—Me da mucho gusto recibir a alguien tan importante como tú.

Soretti no despegó los labios.

—Cuando lei tu caso —prosiguió diciendo el jefe de la cantera—, tuve la esperanza de que el imbécil de tu entrenador no se hubiese dejado robar el dinero de tu bolsa.

Se pasó la mano por la cabeza, casi completamente desprovista de cabello.

—Si todavía tuvieras esa «pasta», te prometo que pasarías aquí, si no unas vacaciones, una buena temporada de reposo.

Lanzó un suspiro.

—Desgraciadamente, el dinero es tan importante aquí como en cualquier otra parte... o quizá más, ya que escasea de veras.

El púgil guardaba un obstinado silencio.

Era fácil adivinar el camino que seguía aquel hombre de rostro bestial, camino que conduciría a un callejón sin salida.

—Con haber devuelto el dinero que perdimos apostando por Lucky, no tendríamos nada contra ti.

Tony se encogió de hombros.

—Usted sabe que me han dejado sin un centavo.

El otro se echó a reír.

—Dices verdad, Tony, en lo que respecta a ese viejo estúpido de tu entrenador...

Sus ojillos parecieron aún disimular de tamaño, el tiempo que miraba fijamente al joven.

—Pero ¿y las joyas que robaste? No eres un estúpido que digamos. Porque aunque te cogieron con ellas encima, debiste esconder alguna en alguna parte. ¿Me equivoco?

Soretti lanzó un suspiro de fastidio.

—Lo crea usted o no, señor, yo no robé esas joyas ni maté a los empleados de la joyería.

El otro se encogió de hombros.

—Yo ya he hecho lo posible, por mi parte, para evitar que lo pases mal aquí.

—Pero...

—Es la última vez que te lo digo: o nos pagas lo que perdimos en las apuestas o vas a arrepentirte del día en que naciste.

* * *

Se llamaba Pancho.

No se le conocía por otro nombre, y desde que había ingresado en prisión vivía apartado de los demás, silencioso y como amargado.

Cuando se enteró de que Tony Soretti iba a llegar a la cantera, se sintió mucho más triste que de costumbre, ya que hubiera querido olvidarse de todo aquello, alejándolo de su mente para siempre.

Pero parecía como si su delito le persiguiera por doquier, como dicen que el ojo de Abel seguía, día y noche, al fratricida Caín.

Sin embargo, lo que había hecho no tenía grandísima importancia, al menos ante su conciencia, aunque cuando le pagaron por aquel «trabajo», cometió el error de irse de la lengua.

Cosa que su «patroncito» no perdonaba nunca.

Ahora sabía que le habían hecho pasar a los Estados Unidos de una forma ilegal, por lo que tendría que purgar un año en aquella prisión, puesto que había opuesto resistencia a los policías que le detuvieron.

No estaba dispuesto a entrevistarse con Soretti, evitándole como a la mismísima peste.

Aunque, en este bajo mundo, casi nunca el hombre puede disponer para que las cosas ocurran como él desea.

* * *

Nada ocurrió la primera semana de trabajo, aunque Tony se sintió estrechamente vigilado.

Nadie le dirigió la palabra.

Estaba rodeado por la ley del silencio, no encontrando a su paso más que las miradas torvas de sus compañeros de reclusión o el brillo del odio en los ojos de los guardianes que se paseaban entre ellos con sus rifles de repetición en las manos.

Soretti se dispuso a luchar con todas sus fuerzas contra aquel silencio que, en el fondo, aumentaba la desesperación de su soledad, dejándole urdir la interminable retahíla de pensamientos pesimistas que no le abandonaban un solo momento.

Intentó encontrar en el trabajo, en el esfuerzo de cada gesto, una salida a la angustia que le atenazaba sin cesar.

Pero pronto se percató de que su entusiasmo por el trabajo no despertaba más que la mofa entre los otros detenidos y los guardianes.

Allí, cada hombre se limitaba a cumplir estrictamente con su deber, sin exageraciones ni aspavientos.

Aquella semana procuró a Tony una cierta sensación de seguridad, llegando a la errónea conclusión de que las palabras del alcaide, corregidas y aumentadas por el jefe de la cantera, no eran más que vanas amenazas.

Hasta que descubrió que se había equivocado.

Cuando vio al hombre, de raza negra, se percató de que era la criatura humana más fuerte que jamás había visto.

Aparentemente, el negro, que debía pesar bastante más que los ciento diez kilos, ofrecía un aspecto grasiento y hasta fofo.

Pero cuando Soretti le vio empuñar la maza, partiendo de un solo golpe una piedra de casi un metro de diámetro, comprendió que bajo la capa de reluciente grasa, se ocultaban unos músculos de acero, y que aquel hombre era muy capaz de destrozar el cráneo de un adversario de un simple puñetazo.

El gigantesco negro no apareció cerca de Tony hasta el comienzo de la segunda semana, cuando el joven había recobrado en parte su tranquilidad.

Pero enseguida se dio cuenta, por las miradas que le dirigían los otros, que tarde o temprano, fatalmente, tendría que enfrentarse con aquella mole humana.

De haber tenido que pelear con él en el *ring*, Soretti no hubiera experimentado la inquietud que ahora sentía.

Su menor peso, la ligereza de sus gestos y el formidable entrenamiento al que Max le había sometido, no le habría preocupado en el caso de tener que pelear con aquel mastodonte.

Pero aquí era distinto.

Lo supo aquella misma noche.

Por primera vez, alguien se acercó a la parte inferior de la litera que ocupaba en uno de los barracones.

Era un hombre alto, de raza negra, con cara de comadreja y grandes dientes de castor.

—Me llamo Joe —dijo sentándose en el borde de la litera ocupada por Soretti.

—¿Qué quieres de mí?

—Vengo a avisarte.

Tony no dijo nada.

—El domingo próximo, con permiso del jefe de la cantera, vamos a celebrar un combate de boxeo.

—No contéis conmigo.

—Tú eres precisamente la figura del encuentro. ¡Nada menos que un campeón del mundo! Es un espectáculo que no me perdería por nada.

—¿Y quién es mi adversario?

—Ya puedes imaginártelo.

—¿Ese gorila?

El otro torció el gesto.

—No me gustaría que te oyese llamarle así. Se pondría tan furioso, que no esperaría al domingo para partirte en dos.

Tony reflexionó unos instantes.

A pesar de las esperanzas que había llegado a albergar durante la primera semana de estancia en la cantera, prevenía que aquello era la bonanza que precede a la tormenta.

Su experiencia en el boxeo le hizo comprender, desde que no era más que un novato, todo lo sucio que se ocultaba tras la apariencia de un noble deporte.

Y también comprendió enseguida que no era la pasión únicamente la que movía la lucha entre dos hombres.

Era el dinero.

Y también el dinero de la bolsa que cada púgil recibía tras el combate, sino los cientos de miles de dólares, a veces millones, que se manejaban detrás de las luces que iluminaban el *ring*.

Miró fijamente a su interlocutor, antes de preguntarle.

—¿Crees que si yo fuera negro me obligaríais a pelear con ese tipo?

El otro le miró salvajemente.

—Si fueras negro, no habrías hecho trampa en el combate.

No había nada qué hacer.

Convencerles de que estaban equivocados y de que había estado a punto de perder el combate, era absolutamente inútil.

Como pedir peras al olmo.

Tras un corto silencio, el boxeador, que estaba reflexionando intensamente, preguntó al otro:

—¿Cómo va a celebrarse el combate?

El otro sonrió, mostrando sus enormes dientes.

—A diez asaltos, aunque apuesto cualquier cosa a que no llegarás al tercero.

—Espero que se respetarán las reglas del boxeo.

—Tú no conoces a Power.

—¿Es el gorila?

—¡Y dale con tu manía de ponerle motes a la gente!

Sí, es él.

—¿Y qué le ocurre?

—Que pelea como una bestia. Siempre le ocurre igual: empieza tranquilamente, pero cuando, como dice él, se le pone un velo rojo delante de los ojos, entonces se convierte en una verdadera apisonadora.

—Lo que quiere decir que no respetará ninguna regla.

—¿Las respetaste tú acaso? —inquirió el otro con un acento de rabia en la voz.

Y poniéndose en pie, añadió:

—No me gustaría encontrarme en tu piel, sucio tramposo. Vas a pagar la cochinada que le hiciste a Lucky el Africano.

CAPÍTULO VII

Los remordimientos recorrían el alma de Pancho.

Aquella noche, oyendo las conversaciones que sus compañeros sostenían, teniendo como tema el combate del domingo, el mexicano se consideró el más desdichado de los hombres.

Preveía perfectamente lo que iba a ocurrir.

En el tiempo que llevaba en la cantera, había tenido ocasión de ver pelear a aquel gigante que, más que un hombre, parecía un monstruoso antropoide.

Y como ellos, apenas tenía cerebro.

Mimado por los que lo manejaban a su guisa, Power obedecía ciegamente a los que consideraba como amigos, complaciéndose en destrozar a los que aquellos le señalaban como enemigos.

Lo que más le dolía a Pancho era la casi seguridad de que Soretti no saldría con vida de aquel combate.

El odio que se había acumulado entre la gente de color, por el hecho de haber perdido su dinero en las apuestas por el Africano, no indicaba nada bueno, y los salvajes espectadores del bestial espectáculo que se celebraría en la cantera, no se mostrarían satisfechos a menos que Tony cayera para no levantarse más.

Por otro lado, los presos se sentían apoyados, por vez primera por guardianes y hasta por el jefe de cantera, ya que todos ellos habían salido perjudicados en el combate por el campeonato del mundo, y deseaban que el púgil blanco pagase lo que habían perdido en aquellas malditas apuestas.

Tenía que hablar con Soretti.

No hubiera deseado hacerlo en modo alguno, ya que tendría que explicarle demasiadas cosas que eran mucho mejor que el joven ignorase.

Pero después de lo que Pancho había hecho aquella noche, ¿tenía derecho a dejar que matasen a Tony?

Esperó hasta que todos estuvieron dormidos en su barracón.

Luego, silenciosamente, se deslizó como una sombra, evitando ser sorprendido por los vigilantes de las torres de la cantera, penetrando finalmente en el barracón donde dormía el púgil.

No le fue difícil descubrir la litera en cuya parte inferior estaba Soretti.

Y tampoco le extrañó a Pancho comprobar que el boxeador estaba despierto, con los ojos inmensamente abiertos y una expresión dolorosa en el rostro.

—Tony...

El púgil se sobresaltó, volviéndose velozmente para pasear una mirada inquisitiva sobre el hombre al que no había oído acercarse.

—¿Qué quieres?

El otro se llevó el índice a los labios.

—No hagas ruido. Lo mejor que puedes hacer es seguirme.

—¿A dónde?

—A un lugar tranquilo, en el que podamos charlar un rato.

Sin moverse aún, Soretti miró fijamente a su interlocutor.

Había algo de familiar en el rostro de aquel hombre pero Tony fue incapaz de asociar la cara del otro a algo concreto.

—¿Quién eres? —preguntó al tiempo que se sentaba en la litera.

—Podría decir que soy un amigo tuyo —repuso el mexicano—, pero mentiría. Las circunstancias me obligaron a ser lo contrario.

—¿Qué quieres decir?

—Sígueme, por favor. No quisiera despertar a ninguno de esos. Me arrancarían el pellejo si me viesen aquí.

Tony siguió al hombre, sin demasiado interés. Seguía preocupado porque le parecía haber visto aquella cara en alguna parte.

Una vez fuera del barracón, el mexicano, que precedía a Soretti, se dirigió hacia una de las canteras más profundas.

—Aquí podemos hablar tranquilamente —dijo cuando llegaron al fondo de la excavación.

—Te escucho.

El mexicano guardó silencio durante un cierto tiempo; luego, alzando sus ojos oscuros hacia el rostro de Tony:

—Seguro que me conoces, ¿verdad?

—Tu cara me dice algo, pero no acierto a precisar...

—Yo era, en el rancho de Figuerola, quien preparaba, cada mañana, los caballos para la señorita Pamela y para usted.

—¡Ahora te recuerdo!

Y frunciendo el ceño, miró curiosamente al mexicano.

—¿Puedo saber cómo diablos has llegado hasta aquí?

Pancho sonrió tristemente.

—La tequila, señor —repuso—, aunque creo que merecía este castigo. Nunca había visto tanto dinero junto.

—¿De qué dinero hablas?

—De los doscientos pesos que me entregó el señor Funk por llevarle a usted a cuestas desde la casa del profesor hasta el coche.

Soretti le miró, sin comprender nada de lo que acababa de oír.

—¿De qué estás hablando?

—De lo que ocurrió en el rancho. Tuve que llevarte dos veces, y te aseguro que pesas lo suficiente como para romperle a uno los riñones...

Una sonrisa se dibujó en sus gruesos labios.

—Pero Pancho es un hombre muy fuerte. Y tú estabas dormido como si

hubieras cogido la borrachera más grande de tu vida.

—Yo no he bebido nunca.

El otro se encogió de hombros.

—Eso ya lo sé. Me di cuenta, en cuanto cargué contigo, que estabas drogado.

—¿A dónde me llevaste?

—¡Mira que eres duro de mollera!

—Ya te lo he dicho, a casa del profesor.

—En el rancho no había ningún profesor.

—Eso es lo que tú crees. Estaba alojado en la casa del fondo del jardín. La verdad es que no salía nunca de allí. Además, estuvo muy poco tiempo.

—¿Tú lo viste?

—Solo la noche en que tuve que cargar contigo para llevarte hasta el coche. También venia él. Y el señor Funk. Y mi patrón, el señor Figuerola.

—¿Cómo era ese profesor?

—Delgado y viejo, pero con una gran sonrisa de bondad. Estaba nervioso, como impaciente o inquieto.

Guardó silencio, diciendo luego:

—Durante aquel paseo, lo comprendí todo.

—¿Qué quieres decir?

—Que sin tener ni idea de la sucia jugada que estaban tramando contra ti, comprendí el motivo por el que mi amo y el gringo no dejaron de hablar de ello durante todo el camino.

—¿Y qué motivo han podido tener para hacerme esa mala pasada que ha acabado con mis huesos en esta prisión.

—La señorita Pamela.

—¿Eh?

Una triste sonrisa se pintó en la boca del mexicano.

—Yo tampoco comprendí, al principio, lo que estaba ocurriendo. Tampoco podía imaginarme que el señor Funk estuviese locamente enamorado de su sobrina.

Tony se levantó de un brinco.

Cerrando los puños, adoptó una actitud amenazadora ante el mexicano, quien ni siquiera pestañeó.

—Cálmate, muchacho. Ya debías haber sospechado la verdad hace mucho tiempo.

—No digas barbaridades, Pancho. Pamela me quiere.

—¿Y quién lo niega? Pero tu rival es un hombre importante que, como has podido comprobar, no se detiene ante nada para conseguir sus propósitos. Y ahora va a lograr que su proyecto se realice.

—¿Qué quieres decir?

Antes de contestar, Pancho se pasó la mano por la boca.

—Te van a matar, Tony.

* * *

El inspector Market movió la cabeza de un lado para otro. Luego, mirando por encima de la mesa de su despacho a su ayudante, Harry Callawan, dijo:

—Estadísticamente, lo que ocurre es imposible.

—Estoy de acuerdo con usted, inspector.

—Si no fuera porque el asalto ha tenido lugar en un sitio frecuentado por boxeadores, yo mismo llamaría a mi psiquiatra para que me encerrara.

El ayudante no dijo nada.

—Pero para evitar que usted y yo acabemos cada uno con una camisa de fuerza, el asalto al pagador del gimnasio se ha llevado a cabo en un sitio donde Soretti se entrenó.

—Lo que explica que hayamos encontrado sus huellas, entre otras muchas, en aquel lugar.

—Así es.

El inspector encendió un cigarrillo con una mano nerviosa.

—De todas formas —siguió diciendo—, hay algo que me sigue poniendo los pelos de punta.

—Lo reciente de esas huellas, ¿verdad, señor?

—En efecto. Nuestros técnicos afirman rabiosamente que las huellas de Soretti son recientes, desde luego mucho más que las otras que hemos encontrado en las paredes y en los muelles de la habitación donde se llevó a cabo el asalto.

Harry hizo un gesto hacia el teléfono.

—Y por eso, supongo, que estamos esperando que nos confirmen, desde la penitenciaría, que Soretti sigue allí.

—Así es.

Hubo un largo silencio.

Luego, el inspector aplastó cuidadosamente la colilla en el cenicero, y mirando a su ayudante:

—Hay en todo esto algo que no puedo entender. Que un boxeador, que acaba de conseguir un campeonato y, al mismo tiempo, ganado una importante cantidad de dinero, se lance a robar y, asesinar como cualquier criminal...

—Sí que es extraño, señor —dijo Harry.

—Durante el juicio, a pesar de la prueba aplastante de las huellas digitales, presté más atención a los informes de los psiquiatras que examinaron a Soretti.

—¿Cree usted que estaba loco?

—No podría afirmarlo. Por eso hablé con algunos de aquellos médicos

de quienes escuché cosas en las cuales no se me había ocurrido pensar nunca.

—¿Cómo cuáles?

—Que debido a los golpes que reciben en la cabeza, pueden verse afectados mentalmente, no solo padeciendo amnesia, sino que hasta aparecen profundos y radicales cambios en la personalidad.

—¿Tan radicales como el que pudo sufrir Soretti?

—Estoy convencido que eso es posible. La mente humana es un misterio, y nadie puede prever lo que se oculta en sus profundos rincones.

—Me permito hacerle observar —dijo su ayudante— que Tony había conseguido todo lo que deseaba: el campeonato, el amor de una mujer hermosa y tomado la decisión de abandonar para siempre el cuadrilátero.

—Es cierto.

—Algo debió ocurrir, inspector, para que un muchacho en pleno triunfo se convirtiera, sin más, en un peligroso criminal, en un asesino.

—Que escapó a la pena capital por verdadero milagro. Precisamente, los informes de los médicos que le examinaron, contribuyeron no poco a que el jurado incitase al juez a la cadena perpetua.

—También la opinión pública y la fama conseguida por Soretti influyeron mucho en aquel famoso juicio. Era demasiado popular como para que se le pudiese suprimir de un solo plumazo.

Hubo un nuevo silencio, y el inspector Market lanzando un suspiro:

—Y ahora este nuevo problema, con huellas frescas, que indudablemente pertenecen a Soretti, en un lugar y en una ocasión verdaderamente inexplicables.

—A menos que...

Fue en aquel momento cuando el teléfono se dejó oír.

La mano derecha del inspector se precipitó hacia el aparato, que se llevó velozmente al rostro.

Collovan esperó, mordiéndose los labios de impaciencia.

Finalmente, el inspector volvió a dejar el teléfono en la horquilla, y mirando a su ayudante:

—Ya no hay miedo de que acabemos en una celda del manicomio —dijo sonriente.

—¿Qué quiere usted decir?

—Que el que ha robado al pagador del gimnasio es nuestro viejo amigo Tony Soretti.

—¿La llamada era de la penitenciaría?

—Sí. Tony, en compañía de un mexicano llamado Pancho, se fugó del campamento de trabajo hace tres días...

CAPÍTULO VIII

La inesperada revelación que Pancho acababa de hacerle dejó anonadado a Tony Soretti.

Jamás hubiera podido imaginar que el hombre al que tanto debía, cuyo apoyo no le había faltado nunca, y que personalmente parecía complacido con la idea de que su protegido cortejara a Pamela...

¡Era sencillamente inconcebible!

Sin embargo, mientras miraba al mexicano con una expresión de estupefacción en el rostro, Tony se dijo que algo grave debía haber ocurrido para que el señor Funk, ya que no podía ser otro, le hubiera dejado caer en aquel infierno.

Cerró los puños, pensando en el placer que experimentaría si pudiera, en aquellos momentos, descargar su furia sobre el hombre que le había traicionado de forma tan vil.

Seguía, no obstante, sin explicarse cómo había sido capaz, incluso drogado, de llevar a cabo el robo de la joyería y los dos homicidios por los que había sido acusado.

El mexicano alzó la cabeza, clavando la profunda mirada de sus ojos negros en el rostro del púgil.

—Lo comprendes ahora, ¿verdad?

Tony se encogió de hombros.

—Sí, aunque ya no me importa nada.

—¿Qué quieres decir?

—Que el mundo, tal y como yo lo creía, ha desaparecido para mí.

Una sonrisa se pintó en los labios de Pancho.

—No digas tonterías, muchacho. También, cuando me tendieron aquella sucia trampa, trayéndome a este maldito campo de trabajo, perdí toda esperanza.

Movió la cabeza de un lado para otro.

—¿Qué podía hacer un hombre solo como yo, vendido y traicionado por su propio patrón, un pobre peón encerrado en una prisión extranjera?

Volvió a encogerse de hombros.

—Estaba como tú: deshecho, destrozado, sin esperanza alguna. Pero, de repente, me enteré que habías llegado aquí. Yo siempre he admirado a los hombres fuertes, si al mismo tiempo son nobles. Y tú lo eres, gringo.

Ahora fue Tony quien esbozó una ligera sonrisa.

—Si hubieras utilizado la palabra tonto, en vez de la de noble, habrías dado en el clavo.

—No digas eso. Pusieron algo en tu café, convirtiéndote en un muñeco con el que podían hacer lo que quisieran.

—¡Los muy canallas!

La voz del mexicano se hizo silbante.

—Por eso hay que salir de aquí, amigo.

—¿Escapar?

—Eso he dicho.

—¿Lo crees posible?

—Desde luego, aunque muy arriesgado. Pero mucho menos de lo que te iba a caer encima el domingo.

La rabia acumulada por todo lo que había escuchado, hizo que Soretti experimentase un loco deseo de golpear, de machacar, con una intensidad que nunca había conocido, incluso en los más duros combates de su carrera pugilística.

—Voy a deshacer a ese gorila —rugió.

—¡Tú estás loco! —dijo el mexicano—. Todavía crees que el combate del domingo iba a celebrarse de una manera leal.

Bajó la voz para decir con un susurro:

—Hace un mes esa bestia, como suelen hacerlo de vez en cuando, tuvo un combate para divertimento de los detenidos y de los guardianes. ¿Sabes lo que le hicieron al desgraciado que luchaba contra él?

—No.

—Era un tipo casi tan fuerte como él, y hubo un momento en que las cosas se pusieron mal para el preferido del penal. Entonces, uno de sus amigos, que apostaba por él, como casi todo el mundo, echó pimienta en los ojos del otro desgraciado.

—¿Has dicho pimienta?

—Sí, le dejaron ciego, y esa bestia, que apenas si podía tenerse en pie, arremetió contra su adversario, al que dejó tan mal parado que falleció aquella misma noche.

Pancho hizo una pausa.

—Yo sé bien, Tony, que en un cuadrilátero normal, ese puerco no te duraría más de tres asaltos. Pero aquí es distinto. Quieren vengarse de ti y eliminarte.

—¿Crees verdaderamente que podremos huir?

—Sí. Conozco un camino, muy difícil de atravesar, pero no imposible. Has de decidirte ahora mismo, ya que cuando toquen diana debemos estar lo más lejos posible de este maldito lugar.

* * *

Pamela sintió unas ganas terribles de apretar el acelerador. Una simple y rápida mirada le bastó para percatarse que la aguja del cuentakilómetros había sobrepasado bastante la velocidad permitida en la autopista, ya que marcaba cerca de las noventa millas por hora.

Pero estaba desesperada.

Sin dejar el volante, conduciendo en plena noche, sin rumbo fijo, lanzó una mirada al asiento vecino sobre el que había dejado, al penetrar en el vehículo, su abrigo de visón.

Y volvió a sentir una tremenda sensación de asco.

Ahora lo comprendía todo.

Los regalos, el automóvil, los viajes, aquella amabilidad que ella había tomado estúpidamente por el cariño que un tío siente por su sobrina.

¡Cómo se había equivocado!

Ahora, mirando de reojo y con rabia al visón, le parecía ver en uno de sus bolsillos el estuche que había recibido aquella misma tarde, con un collar de diamantes y aquella horrible nota en la que Funk le declaraba su amor.

A pesar de haber estimado a su tío, Pamela, desde la adolescencia, se había percatado que Funk era incapaz de amar a nadie; es decir, toda su pasión giraba de manera exclusiva alrededor del dinero que ganaba y de las fuentes de ingreso que lo enriquecieron rápidamente, ya que nunca tuvo la menor conciencia en los negocios que llevaba a cabo.

Respecto a las mujeres, Pamela recordaba haber visto a su tío acompañado por las más hermosas damas de la alta sociedad neoyorquina, pero considerándolas siempre como un motivo más de ostentación, lo que hacía que durasen muy poco en su compañía.

Algo así debía haber impulsado al hombre a concebir algo tan disparatado como lo que el collar de diamantes significaba.

De nuevo, las lágrimas pusieron una barrera de neblina que le impedía ver con claridad la cinta de asfalto que los potentes focos de su coche iluminaban.

A punto estuvo de precipitarse contra la parte trasera de un enorme camión; pero, en el último instante, jugándose el todo por el todo, adelantó al largo vehículo de transporte, teniendo la fortuna de que ningún otro coche viniese en dirección opuesta.

Entonces, de una manera paulatina, fue serenándose, percatándose de que había estado a punto de cometer una locura, y que si amaba verdaderamente a Tony, su deber era ayudarle, esperarle cuánto tiempo fuera preciso, colaborando sin descanso en que su pena fuera reducida.

El coche, el abrigo y los diamantes podían convertirse en dinero para movilizar a nuevos abogados, intentando así encontrar una salida a la tremenda e injustificada —de eso estaba segura— sentencia que había caído sobre el hombre que significaba todo para ella.

Aminorando sensiblemente la velocidad, buscó un cambio de sentido, regresando velozmente a la ciudad.

Una hora más tarde, llamaba a la puerta del viejo entrenador de Soretti.

* * *

Con los puños cerrados, los ojos brillantes de cólera, Funk miró al hombre que estaba de pie ante él.

—¿No lo has encontrado?

—No, patrón.

—No lo entiendo. Espero que estará reflexionando en alguna parte...

Se encogió de hombros.

—¿Has visto a Blak?

—Sí. Fui a su casa a verle. Se encuentra muy bien. Esperando órdenes, como siempre.

Funk reflexionó unos instantes.

—No es bastante lo que hemos hecho. Mientras la policía no elimine a ese imbécil de Soretti, no podré vivir tranquilo.

—Después del robo del pagador del gimnasio, deben andar tras él, jefe.

—No es bastante. Ese ha sido mi error.

—¿Qué quiere usted decir?

—Que no es suficiente mantener la imagen de Tony como la de un ladrón y asesino vulgar. Hay que lograr que la policía no piense en detenerle, sino que se de la orden de disparar a muerte en cuanto se le vea.

—Menos mal que el jefe de la penitenciaría nos avisó a tiempo de la fuga de Soretti.

—Sí, pero insisto en que hemos cometido un error. Hay que convertir a Tony en un hombre despiadado, en un asesino cuya cabeza reclame el país entero.

—¿Cómo vamos a conseguirlo, patrón?

—Ya lo he pensado. Irás a darle las instrucciones a Blak. Quiero que actúe esta noche. En la calle Ciento Cincuenta y Tres hay un pequeño orfanato para niñas de color de ocho a diez años...

Sonrió cruelmente.

—¡Esta vez, cuando la gente se entere de lo que ha hecho, lo aplastarán donde lo encuentren como a una maldita cucaracha!

* * *

El viejo Max escuchó pacientemente el largo relato que le hacía Pamela.

Cuando la joven dejó de hablar, el entrenador esbozó una triste sonrisa.

—Nunca he dudado de la inocencia de Tony, señorita. No hace falta que se esfuerce usted en defenderle. Pero la verdad es que las pruebas que recayeron sobre él son irrefutables. Han debido dragarle, hacerle cualquier porquería de estas. No lo sé, pero lo cierto es que las huellas dactilares que la policía ha encontrado pertenecen a ese muchacho.

—No puede usted imaginarse mi sorpresa —dijo ella— al enterarme, por la radio del coche que Tony había escapado del campo de trabajo.

—Esas noticias están bastante atrasadas, señorita. No solo se escapó de la penitenciaría, sino que regresó inmediatamente a Nueva York, cometiendo un nuevo delito al asaltar a un pagador de uno de los gimnasios que él frecuentaba.

Ella movió la cabeza de un lado para otro.

—Es horroroso —dijo con voz truncada por la emoción.

Y mirando intensamente a Max:

—¿Cómo es posible que haya cambiado de esa manera? Tony fue siempre un hombre dulce, incapaz de hacer daño a una mosca.

—¡Dígamelo usted a mí! Incluso cuando combatía, jamás se mostró cruel con sus adversarios. Y hasta aquella famosa noche, cuando se convirtió en el campeón del mundo, recibió un tremendo castigo sin guardar rencor alguno al Africano.

—Pero entonces, ¿qué ha podido ocurrirle?

—No lo sé. ¡Si pudiera verlo! Yo creía, cuando oí la noticia de su fuga, que intentaría ponerse en contacto conmigo, aunque no fuese más que por teléfono.

Hubo un largo silencio.

A Max le inquietó la intensa mirada que le dirigía la muchacha, aunque no se atrevió a pronunciar una sola palabra, esperando que ella lo hiciese.

—¿Puedo pedirle un favor, señor Max?

—Si está al alcance de mi mano, el que usted quiera.

—Querría quedarme aquí.

—¿Aquí? No lo entiendo.

—No deseo volver a mi casa. ¡Nunca más! Todo lo que poseo voy a ponerlo en sus manos para que, de cualquier forma, podamos ayudar a Tony. Solo me preocupa el coche. Es un último modelo que llamaría la atención al primer agente de policía que lo viera.

—¿Dónde lo ha dejado?

—En la esquina.

—Bajemos entonces. Vamos a meterlo en un viejo gimnasio abandonado que hay muy cerca de aquí.

Ella le miró con los ojos inmensamente abiertos.

—¿Quiero decir eso que va usted a permitir que me quede en su casa?

—Todo lo que me ha contado usted, señorita Pamela, me demuestra su buen juicio al no querer volver a casa de su tío. Tampoco me di cuenta yo de quién era verdaderamente el señor Funk. Dios quiera, sin embargo, que no haya tenido nada que ver con lo ocurrido a Tony. Porque si así ha sido, ¡le haré besar la lona!

* * *

En el último instante, Pancho tuvo la clara impresión de que algo malo iba a ocurrir.

Habían aprovechado la noche para, como Tony deseaba, acercarse a la casa del viejo entrenador en la que podrían refugiarse, al menos, por el momento.

Soretti estaba furioso.

Cuando se enteró de la noticia del robo del pagador del gimnasio, empezó a gritar como un loco, mirando con fijeza al mexicano.

—¿Y ahora qué me dices, Pancho? ¿O crees que he sido yo quien ha hecho ese asalto!

El mexicano se rascó pensativamente la cabeza.

—No creo que se tenga que ser un lince para darse cuenta de que tiene que haber otro hombre que tiene tus mismas huellas dactilares.

—¡Pero eso es imposible!

—Hasta ahora, también me lo parecía a mí. Pero después de lo que pasó en el rancho, creo que empiezo a comprender. La presencia de aquel hombre que tenía todo el aspecto de ser un médico. Y luego, el hombre que vi de lejos, con las manos vendadas. También llevabas tú unas pequeñas vendas en los dedos cuando tuve que llevarte a hombros hasta el coche.

—Todo eso parece una terrible pesadilla. ¿Qué vamos a hacer, Pancho?

—Tu plan no es malo. Vamos a la casa de ese entrenador tuyo y allí discutiremos el asunto con toda tranquilidad.

—Sí, creo que es lo mejor.

Aquel había sido el propósito de los dos hombres, hasta que el mexicano tuvo la clara intuición de que algo malo iba a ocurrir.

Estaban atravesando la calle 73 Este, cuando una tremenda opresión se apoderó de Pancho. Tuvo la intención de avisar a Tony, que le precedía unos cuantos metros; pero la seguridad de que su advertencia o serviría para nada, le impidió pronunciar una sola palabra.

Por eso, echándose hacia atrás, se ocultó en el hueco de una puerta.

La escena que se desarrolló ante sus ojos correspondía exactamente a lo que había previsto.

Saliendo de la oscuridad, de la acera de enfrente, cuatro policías armados, en uniforme, rodearon al boxeador, amenazándole con sus armas.

—¡Identifíquese! —dijo uno de ellos.

Otro de los policías se echó a reír.

—¿Qué se identifique? Te has vuelto loco, Perrys. ¿Es que no le has mirado a la cara?

—Sí, pero...

—Mírale bien. No hay nadie en todo el país que no conozca la jeta del campeón asesino.

Y se lo llevaron.

CAPÍTULO IX

El mayordomo dejó la bandeja sobre la mesa, al apercibirse de que su amo no le hacía caso alguno.

Toda la atención de Charles Funk se concentraba exclusivamente en la gigantesca pantalla del televisor.

Con dedos nerviosos había ido aplastando sobre el cenicero los cinco cigarrillos que fumó desde el momento en que saltó de la cama.

Ni siquiera el agradable y aromático olor del café consiguió atraerle, y siguió con la mirada fija en la pantalla donde el locutor explicaba complicados asuntos internacionales, haciendo que la impaciencia de Funk creciera por momentos.

—¿Desea algo más el señor?

—Sí —le contestó Charles sin dirigirle una mirada—. Necesito que este idiota acabe de contar cuentos chinos y de que empiecen las informaciones de la ciudad.

El mayordomo se retiró en silencio.

Momentos después, otro locutor aparecía en pantalla haciendo que la sonrisa se subiera a los labios de Funk.

Tuvo, sin embargo, que aguantar un chaparrón de comerciales y algunas insulsas vistas de las últimas personas a las que había recibido el alcalde de Nueva York, hasta escuchar las mágicas palabras que con tanta ansia había estado esperando.

—Y pasemos ahora a la sección de sucesos locales —dijo el locutor—. Esta mañana, cuando los religiosos encargados de un pequeño orfanato de nuestra ciudad, penetraron en los dormitorios, hallaron los cadáveres de cuatro niñas de raza negra, bárbaramente degolladas en sus lechos...

Hubo una pausa, mientras que la pantalla reproducía la fachada del orfanato, los coches policiales y las ambulancias.

Cambió la escena, enfocando la cámara el despacho del inspector Market quién era interrogado por un grupo de periodistas.

—¿Saben ustedes algo de ese asesino? —preguntó uno de los periodistas.

Market se encogió fatalmente de hombros.

—No hay que ser un lince para conocer la identidad del asesino —repuso—. Abandonó el cuchillo homicida, sin preocuparse, como siempre lo hace, de borrar sus huellas dactilares.

—¿Quiere decir entonces que...?

—En efecto, amigos míos. El criminal, es, desdichadamente, el mismo de siempre: Tony Soretti.

Charles apagó el televisor con el mando a distancia, esbozando una

sonrisa de triunfo.

Y, súbitamente, se percató de la bandeja del desayuno, poniéndose a comer con una extraordinaria avidez.

* * *

Con paso pesado, como con esfuerzo, el inspector Market recorrió el largo pasillo hasta detenerse ante la puerta del despacho del jefe superior de la policía de Nueva York.

Entró sin llamar, ya que al otro lado de la puerta no había más que la sala donde una joven secretaria martilleaba mecánicamente las teclas de su máquina de escribir.

Ella debió percatarse de la presencia del policía, ya que dejó de escribir, volviendo una cara sonriente hacia el hombre.

—El jefe está esperándole, inspector. Puede usted pasar.

Momentos después, Market estaba sentado ante la mesa, teniendo enfrente de él a aquel hombre voluminoso, con una cabeza casi cuadrada y el cabello completamente blanco.

—¿Es tan importante lo que quiere usted comunicarme, inspector?

—Creo que sí, jefe. Importante y grave, ya que estoy convencido, con pruebas para demostrarlo, que hemos cometido un error judicial de primera categoría.

—¿A quién se refiere usted?

—A Tony Soretti.

El jefe de policía dejó escapar una risita breve.

—¡Por Dios, Market! No me haga creer que está usted envejeciendo, adocenándose. Ese caso es el más claro que hemos tenido nunca, y lo que hay que hacer es cazar a ese asesino aunque nuestros hombres tengan que coserlo a tiros.

Lanzó un profundo suspiro.

—Todavía me estremezco de la salvajada que ha cometido ese canalla con los pobres niños del orfanato.

—No ha sido él, señor.

El jefe principal enarcó las cejas.

—¿Quiere repetir lo que ha dicho?

—Que no ha sido él.

—¿Y quién es ese «él»?

—Tony Soretti.

—¿Quiere burlarse de mí?

—De ninguna manera, señor. Ya le he dicho que tenía pruebas suficientes, al menos para demostrar ante cualquier jurado, la completa inocencia del boxeador en lo que se refiere a los crímenes cometidos en el orfanato.

—¿Qué clase de pruebas?

—La más convincente de todas, jefe. Ayer, a las siete de la tarde, una patrulla de policía detuvo en la calle a Tony Soretti, al que condujo a la comisaría número 87. Y allí ha pasado la noche.

—¿Está usted seguro de lo que afirma?

—Por completo. He pasado la noche interrogándole, y estábamos ambos en mi despacho cuando nos comunicaron lo ocurrido a esas niñas negras.

El otro abrió desmesuradamente los ojos.

—Pero, ¿y las huellas dactilares?

—Eso es lo que nos ha estado volviendo locos todo este tiempo, jefe. Pero Tony me habló de cierto médico y, consultando nuestros archivos, así como los periódicos atrasados, hemos tropezado con una noticia del mayor interés.

—¿De veras?

—Sí, señor. Un tal profesor Steward hizo una comunicación según la cual había encontrado el método de repetir porciones del cuerpo humano. He telefoneado al departamento federal, donde me han confirmado la noticia de que ese profesor era capaz de copiar las huellas dactilares de una persona en los dedos de otro.

El jefe se pasó la mano por la cabeza.

—También recuerdo yo ahora ese asunto. Pero creo que se publicó una ley prohibiendo a quién quiera que fuese ese intercambio de huellas digitales. Y no creo que el profesor Steward esté tan loco como para saltarse a la torera una orden federal.

—No lo hizo voluntariamente, señor. Alguien debió encontrar el motivo lo suficiente fuerte como para obligarle a hacer lo que deseaba.

—¿Y eso quiere decir...?

—Que Tony no cometió el asesinato de esos niños, y que es muy presumible que tampoco atacara al pagador del gimnasio, así como a aquella joyería que le envió a la penitenciaría.

—Pero ¿quién cometió entonces esos delitos?

—Alguien que lleva en sus dedos las huellas dactilares de Tony Soretti.

—¡Hay que cazar cuanto antes a ese hombre!

—Ya han sido dadas, señor, las instrucciones pertinentes. La casi totalidad de los efectivos policiales de la ciudad está a la caza de ese criminal.

—¿Y el profesor?

—Tengo una cita con él, jefe. Esta misma mañana.

—Es usted un excelente policía, Market.

El inspector abandonó el despacho, y al encontrarse de nuevo en el pasillo, recordando que el jefe superior le había tratado de adocenado para

luego halagarle hipócritamente, volvió la cabeza hacia el despacho que acababa de abandonar, murmurando en voz baja:

—¡Muérete, idiota!

* * *

Max y Pamela no daban crédito a lo que estaban oyendo.

Cuando después de ver cómo detenían a su amigo, Pancho consiguió llegar hasta la casa del entrenador, lo que primero que aceptó, de la hospitalidad de Max, fue una abundante cena.

—Hemos andado escondidos por la ciudad —explicó luego—, y ni Tony ni yo habíamos probado bocado desde hacía casi cuarenta y ocho horas.

Pamela, que había luchado por impedir, a lo largo del terrible relato del mexicano, expresar el dolor que experimentaba, dejó correr libremente sus lágrimas, aunque ni una sola vez interrumpió a Pancho.

La cruda descripción del campo de trabajo, de la penitenciaria, y especialmente el cruel e implacable destino que había estado a punto de caer sobre el hombre al que amaba, fue lo que más pena causó a la muchacha.

Pero cuando el inteligente Pancho les habló del misterioso profesor que había estado oculto en el rancho, explicando que estaba completamente seguro de que aquel hombre de ciencia había «robado» las huellas dactilares de Soretti, fue Max el que no pudo contener la cólera.

—¡Siempre sospeché que el señor Funk era un malvado! Es verdad que ayudó mucho a Tony, pero él sacó mil veces más beneficios, empleando a Soretti en sus productivas campañas publicitarias.

Fue entonces cuando Pamela, todavía con las mejillas húmedas de lágrimas, dijo con voz débil.

—Ha jugado con todos nosotros. También lo hizo conmigo. Me colmó de todo cuanto necesitaba, pero con el secreto proyecto de convertirme en algo suyo.

Max cerró los puños.

—No sé si tendré la oportunidad de hacerlo, pero prometo solemnemente dar una lección a ese míster Funk que no olvidará jamás.

Y tras escupir en el suelo, exclamó:

—¡Le haré besar la lona!

* * *

Una especie de rara intuición se apoderó del espíritu del inspector Market, justo en el instante en que aparcó su coche frente a la entrada del edificio en el que habitaba el profesor Steward.

El edificio estaba situado en uno de los mejores barrios de la ciudad, formando una serie de bloques aislados, semejantes a islas verticales rodeadas por amplias zonas verdes.

El policía, tras consultar los nombres en la tablilla, pulsó el botón de llamada correspondiente al piso dieciocho, en el que el profesor habitaba.

Un suave zumbido le advirtió que la puerta se había abierto.

Algunos minutos más tarde, saliendo ya del ascensor, le extrañó comprobar que la puerta del piso estaba abierta, y que había algunas personas en el amplio corredor.

Toda aquella gente ofrecía un aspecto serio y como condolido.

Seguro de que su intuición no le había equivocado, Market se abrió paso entre la gente que ocupaba las dependencias anteriores de la casa, dirigiéndose finalmente a un criado:

—No sé lo que ha ocurrido, pero yo venía a ver al profesor Steward.

El fámulo le miró con extrañeza.

—Lamento comunicarle, señor, que el profesor ha muerto, pero si quiere usted ver a su hijo, le encontrará en el último saloncito al final del pasillo.

A Market se le cayó el alma a los pies.

La muerte de Steward iba a complicar las cosas, ya que el policía esperaba una confesión completa por parte del profesor, lo que contribuiría a aclarar definitivamente el caso.

Reconoció al hijo del profesor, al que nunca había visto, merced al gran parecido que tenía con su padre cuyas fotos había visto Market en periódicos y revistas.

Se acercó al joven.

—No sabe cuánto me apena tener que importunarle en estos instantes. Pero el deber me obliga a ello.

—¿Quién es usted, señor?

—Inspector de policía Market. ¿Qué le ha ocurrido a su padre?

—Se ha suicidado.

Market asintió con la cabeza.

Comprendía, en el fondo, que los remordimientos habían acabado por pesar demasiado en la conciencia humanitaria del hombre de ciencia.

Lanzó un suspiro.

—¡En fin! La declaración de su padre hubiese aclarado muchas cosas. ¡Qué le vamos a hacer! Le acompaño sinceramente en el sentimiento...

—¡Un momento, inspector!

Market miró inquisitivamente al muchacho.

—¿Sí?

—Mi padre dejó un sobre cerrado, dirigido a la policía de la ciudad. Espere un instante, voy a buscarlo y enseguida se lo entrego.

Market no pudo evitar el lanzar un suspiro de satisfacción.

* * *

—No hay más que una manera de saber la verdad —dijo Max.

Miró a Pancho, y luego a la muchacha que todavía mostraba sobre su rostro las dolorosas huellas producidas por el escalofriante relato que había escuchado de los labios del mexicano.

—Puesto que Tony está en manos de la policía —siguió diciendo el entrenador—, yo no veo más que un medio para que sepamos, de una vez para siempre, lo que ha tenido que ver Funk con este asunto.

—¿Y qué solución es esa? —inquirió Pancho.

—Hacer que ese hombre venga aquí; es decir, al gimnasio, ya que desconfiaría de mí si se le citara en mi propia casa.

Y mirando a la joven:

—Todo depende de usted, señorita Pamela.

—¿De mí?

—Sí. Solo usted puede convencer a ese hombre para que acuda al lugar de la cita. Hacerle hablar, obligarle a que confiese lo que hizo, es asunto mío.

—Y lo haré a mi modo.

—¿Y qué conseguiremos con ello? —inquirió la muchacha.

—Nuestro más querido objetivo, señorita Pamela. Conseguir que la policía ponga en libertad a Tony. ¿No es eso lo que usted desea?

—¡Más que cualquier otra cosa en esta vida! ¿Qué debo hacer?

—Llamar por teléfono a su tío, diciéndole que está usted esperándole en el viejo gimnasio de la calle Ciento Veintitrés. Usted sabrá mejor que nadie encontrar los argumentos para convencerle que debe venir aquí esta misma noche.

Pamela se dirigió hacia el teléfono, y tras alzar el aparato, empezó a marcar con una mano que temblaba un poco.

* * *

—Pero ¿cómo has llegado a ese lugar? —inquirió Funk con el aparato pegado al rostro.

—Me engañaron, Charles. Cuando paré el coche ante un semáforo, un hombre se acercó a mí para decirme que sabía dónde estaba Tony.

—¿Has visto a Tony?

—No, era mentira. Me hicieron entrar en este gimnasio y se llevaron el coche. Pronto descubrí lo que verdaderamente querían.

—¿El qué?

—Que devolvieras el dinero que, según ellos, le robaste al viejo

entrenador Max.

Un brillo de desconfianza pasó por los ojos de Funk.

—¿Y han sido ellos los que te han ordenado que me llamaras?

—Sí. Me han dicho que si no venían antes de una hora, me harían pasar un mal rato. ¡Tengo miedo, Charles!

—No temas. Confía en mí.

—Confío en ti porque eres lo único que tengo en el mundo.

—¿Lo dices de veras?

—Sí.

—Entonces, ¿quiere decir eso que has reflexionado respecto a la nota que te puse en el estuche?

—Sí.

Charles no pudo evitar que la emoción acelerase los latidos de su corazón.

—¿Y bien? —inquirió con un hilo de voz.

—¡Te quiero! ¡Ven cuanto antes!

Y colgó.

* * *

—Para aquí, Blak. ¿Vas armado?

—Siempre voy armado, patrón.

—No creo que la cosa sea muy difícil. Ese pobre idiota de Max apenas si se tiene en pie. Le cerraré la boca con un par de cientos...

—¿Y Tony?

—No creo que vayamos a encontrarlo con él. Pamela me lo hubiera dicho... o yo lo habría notado en el tono de su voz.

Denegó con la cabeza.

—No —dijo—. Se trata de la ambición de un pobre imbécil. Algo sin importancia. Además, estoy demasiado contento como para pensar en complicaciones.

—Me alegro por usted, patrón.

—¡Andando!

Cruzaron la calle, dirigiéndose hacia la puerta del gimnasio que estaba pintado de color ocre, pero cuyas letras, que anunciaban el establecimiento, habían ido borrándose hasta quedar más que la G, la primera letra de la palabra Gimnasio.

Adelantándose, con una mano en el bolsillo del gabán donde llevaba su pistola, Blak pulsó el botón del timbre.

—No tardaron mucho en abrir.

Apareció en la puerta la silueta del entrenador, quien miró sonriente a los dos hombres.

—Hola, señor Funk.

—Hola, Max. Aquí estamos.

—Pasen.

Siguieron el largo pasillo que conducía al gimnasio propiamente dicho, el cual contaba con un *ring* situado sobre una plataforma, además de aparatos diversos para llevar a cabo toda clase de ejercicios físicos.

El entrenador, que había precedido a los dos hombres, se detuvo en el centro de la sala, volviendo hacia ellos.

—¿Y bien, señor Funk?

—Si te refieres al dinero, lo llevo encima. Pero antes, ¿dónde está Pamela?

Una sonrisa se pintó en los labios de Max.

—¿Me cree usted tan tonto, señor? ¿Piensa usted que puedo confiar en un hombre de su clase?

Sin pedir permiso a su patrón Blak había sacado la pistola, y mirado a Funk.

—¡Deje que le meta una bala en la rodilla, patrón! Le iré llenando de agujeros hasta que nos diga dónde está la señorita Pamela.

—Espera un momento, Blak.

Y dirigiéndose al entrenador:

—He de confesarte que no llevo encima todo el dinero que te robaron.

—Lo imagino. Y recuerde usted, señor Funk que yo no fui solo al que robaron, sino que también de llevaron el cheque que usted me entregó y que pertenecía a Tony.

—No entiendo.

—Está muy claro, señor. Los cuatro cuartos que yo tenía ahorrados me importan un rábano, ya que pienso cobrármelos de una manera muy agradable. Si me hace un cheque por los cien mil dólares, le diré inmediatamente dónde se encuentra Pamela.

Funk reflexionó unos instantes.

—Está bien —dijo finalmente.

Sacó el talonario, yendo a escribir el cheque sobre a madera que servía de suelo al *ring*.

Mientras, Blak estaba tan frenético que apenas si podía contener la cólera. Era la primera vez en su vida que veía a su patrón humillarse de aquella indecible manera.

Miró a Funk, que seguía escribiendo, dándole la espalda; luego miró a Max que también estaba observando a Charles, medio vuelto de espaldas al pistolero.

La mano derecha de Blak sacó el silenciador que llevaba en el bolsillo del abrigo, enroscándolo rápidamente en el cañón de su pistola. No iba a consentir que aquel malnacido se riese de un hombre tan poderoso como Funk, y aunque le hubiera gustado matarlo, pensó que lo mejor era

destrozarle una rodilla.

Alzó el arma.

No vio, desde luego, la rápida silueta que se desplazaba a toda velocidad, surgiendo de la zona del gimnasio donde reinaba una oscuridad absoluta.

Pancho, que era la sombra, llevaba en la mano derecha unas pesas de quince libras.

No hizo más que levantar el brazo, descargando un golpe en la cabeza del pistolero, quien se desplomó sin haber tenido tiempo de apretar el gatillo.

Al ruido de la caída, Max y Funk se volvieron al mismo tiempo. Y al ver al mexicano, Charles inquirió con voz áspera:

—¿Qué significa esto, Max?

—Que hemos aprendido, señor. Y que todos tenemos nuestro guardaespaldas.

Cogió el cheque arrancándolo de los dedos de Funk, y examinó el documento a la luz de la lámpara que iluminaba el cuadrilátero.

—Yo ya he cumplido con mi parte —dijo Charles.

—Todavía no.

—¿Qué quieres decir?

—Que había hecho una promesa... y tengo que cumplirla.

Se volvió hacia el mexicano al tiempo que gritaba:

—¡Échame una mano, amigo!

De nada le sirvió a Funk todo lo que hizo para evitar que los dos hombres le derribasen en el suelo, aunque no se explicó por qué las furiosas manos de Max, mientras el mexicano le sujetaba con todas sus fuerzas, le arrancaba la ropa hasta dejarlo en cueros.

Luego Max le puso un ligero pantalón corto de color azul, y ayudado por Pancho le calzó unos guantes de boxeo.

El entrenador se desnudó en un santiamén, colocándose también los guantes. Funk, aterrado, no se atrevía a hacer el menor movimiento.

—¡Vamos, sube al *ring*! —le ordenó Max.

El mexicano tuvo que ayudarle a hacerlo, ya que Charles comprendía lo que iba a ocurrirle. Su cuerpo grasoso y blanco ofrecía un contraste con el del entrenador que había guardado una buena parte de las reliquias físicas de su antiguo oficio.

Max avanzó hacia él.

—Ahora vas a comprender lo que pasa a un hombre en el cuadrilátero, un hombre como tantos boxeadores a los que les has chupado la sangre, o un hombre como Tony, al que engañaste miserablemente.

Y después de una corta pausa:

—Solo puedes salvarte de mis golpes si empiezas a hablar enseguida y

sin que se te olvide una sola palabra. ¡Toma, prueba el guante!

A Funk le pareció que la cabeza se le separaba del tronco.

—Hablaré, hablaré...

—¿Fuiste tú quien ordenó, por medio de un chantaje, que copiaran las huellas de Tony Soretti?

—Sí.

—¿En qué persona hiciste que colocaran esas huellas?

—En Blak, el hombre que está ahí caído.

—¿Quién envió a aquellos dos púgiles que me engañaron y robaron todo el dinero?

—Ya sabías que fui yo.

—Sí. Yo sabía casi todo ya, canalla. Pero quería que alguien más escuchara tus sucias palabras. Y ahora, con tu permiso, voy a cumplir mi promesa.

Le lanzó un directo a la barbilla que hizo que Charles se desplomara golpeándose brutalmente el rostro contra la lona.

Riendo como un loco, Pancho penetró en el *ring*, alzando el brazo de Max.

—¡Lo has conseguido, amigo! ¡Le has hecho besar la lona!

Sonriendo, Max se volvió hacia la zona más oscura del gimnasio.

—El combate ha terminado —dijo—. Ya pueden ustedes venir, señores.

De la oscuridad surgieron las siluetas de varias personas.

Delante, cogidos de la mano. Tony y Pamela, que subieron sonrientes al cuadrilátero. Detrás de ellos, seguido por dos agentes uniformados, apareció el inspector Market.

—Esposen a ese hombre —ordenó a los policías, mostrándoles el cuerpo tendido de Blak.

Y acercándose al cuadrilátero.

—No ha sido nada ortodoxo lo que me ha hecho usted hacer, Max, pero la verdad es que me he divertido un poco y le agradezco que me llamara por teléfono, ya que las cosas hubieran podido salir mal.

Y mirando a Pancho:

—Eres un hombre rápido, mexicano. Creí que no ibas a llegar a tiempo, y ya tenía dispuesta la pistola para evitar que ese canalla hiciese daño a Max.

Emocionado, Tony abrazó al entrenador.

—¡Mi viejo amigo! Te aseguro que no tendrás que preocuparte más por el resto de tu vida. Toda la felicidad que Pamela y yo vamos a disfrutar, se lo debemos a gente tan buena como tú y como Pancho.

Desde abajo, Market tosió discretamente.

—Lo siento, pero no puedo quedarme ni un minuto más para

contemplar un final sentimental que se avecina. Para ustedes, amigos míos, todo ha terminado. Para mí, desdichadamente, habrá un nuevo crimen esperándome en mi despacho.

Se volvió, siguiendo a los agentes que arrastraban a medias el cuerpo de Blak. Dos policías más habían espabilado a Charles, obligándole a vestirse antes de ponerle las esposas.

El cuadrilátero seguía iluminado.

Era como el símbolo de un combate excepcional en el que un viejo campeón había cumplido su palabra y obligado a su adversario a besar la lona.

F I N





EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

Precio en España 60 ptas.